

# INTRUSIÓN

y otros relatos de terror

José Antonio González Castro



Ediciones Efímeras

# Intrusión y otros relatos de terror



## Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 2.1 España

### Usted es libre de:

- copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra

### Bajo las condiciones siguientes:



**Reconocimiento.** Debe reconocer y citar al autor original.



**No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.



**Sin obras derivadas.** No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

- Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar bien claro los términos de la licencia de esta obra.
- alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

**Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones no se ven afectados por lo anterior.**

© 2008 ToNTon CoPT ([www.flickr.com/photos/tontoncopt](http://www.flickr.com/photos/tontoncopt)) por la portada

© 2008 José Antonio González Castro por el texto

© 2008 Ediciones Efímeras por la edición

[www.edicionesefimeras.com](http://www.edicionesefimeras.com)

Impreso en España

# *ÍNDICE*

|                      |           |
|----------------------|-----------|
| <i>INTRUSIÓN</i>     | <i>03</i> |
| <i>ROJO</i>          | <i>33</i> |
| <i>ARSAHUAYA</i>     | <i>44</i> |
| <i>FOBOFOBIA</i>     | <i>50</i> |
| <i>PERTURBACIÓN</i>  | <i>56</i> |
| <i>EL ÍDOLO</i>      | <i>70</i> |
| <i>AUTOSUGESTIÓN</i> | <i>75</i> |

# INTRUSIÓN

## I

Las fuertes tormentas del verano de aquel año, junto con las continuas lluvias y temperaturas templadas de comienzos de septiembre, anunciaban una buena temporada de setas en el Pirineo aragonés. Y así fue, porque a mediados del otoño los bosques de la región montañosa al norte del río Cinca se cubrieron de una gran cantidad de hongos silvestres como hacía tiempo que no se veía: champiñones, níscalos, barbudas, setas de cardo, boletos, trufas... En los días festivos, los lugareños más avezados en esa lid se levantaban de madrugada, lejos de las miradas curiosas que pudieran delatar los parajes más ricos y las zonas prometedoras, y se lanzaban a la caza de aquellos manjares, armados con cestas, navajas y palos.

Y eso mismo hizo aquel día Sebastián Laborda, a quien sus conocidos solían llamar simplemente Seba. Criado en Bielsa, un pueblo situado entre montañas al norte de Huesca, pronto aprendió el oficio de su padre, una humilde profesión con la que ahora se ganaba la vida: hacer zapatos. Tenía su taller en la modesta casa en la que vivía con su mujer y sus dos hijos: Vicente y Julia. De unos cincuenta años, era alto, con una cabeza poco poblada, misógino, abstemio por convicción, supersticioso y profundamente religioso. Su padre había seguido el modelo tradicional de disciplina en la intimidad del hogar y creía en el castigo físico como un buen método de educación; "prefiero un hijo muerto a uno maleducado", o "el árbol que no se endereza pronto, crecerá torcido", acostumbraba a decir. Sebastián solía recordar las ocasiones en las que su padre le pegaba hasta que le hacía brotar sangre. Y por tradición familiar, él también había heredado un poco de eso; el hijo maltratado se convirtió en un padre que maltrata. Creía que Dios, en su infinita sabiduría, había creado las nalgas con el fin de poder recibir los castigos corporales.

Ya de vuelta, y tras una fructífera recolección en el monte, Sebastián se detuvo por tercera vez en el último cuarto de hora, levantó la vista hacia el horizonte y observó con atención; primero hacia el frente y después hacia

ambos lados. Frunció el ceño con gesto de incredulidad y negó con la cabeza. “No puede ser”, se decía a sí mismo una y otra vez. Pero era lo bastante orgulloso como para no querer admitir delante de Vicente —su hijo— que se había perdido.

Vicente, que hasta ese momento le había estado siguiendo de cerca, iba ataviado con una camisa a cuadros, unas botas bajas de cuero negro, un bastón, una chaqueta amarrada a la cintura y un morral cargado de setas. Era un chiquillo tímido, aunque vivaz e inteligente por naturaleza, que se refugiaba en los libros. Tenía el pelo rubio, con un flequillo que le tapaba la frente y su madre decía de él que tenía los ojos grises como el mar agitado; y que era el hijo que a muchas madres les gustaría tener.

Sobre el promontorio dominante en el que se encontraban se podía divisar un paisaje montañoso de gran extensión y belleza, donde espesos bosques de hayas, abetos y pinos silvestres cubrían las laderas de los montes que se perdían en la lejanía. La humedad y el aroma a pino flotaban en el ambiente.

—Padre, ¿sabe usted dónde estamos? —preguntó el chico, mientras se sentaba en el suelo pedregoso para recobrar el aliento—. Llevamos andando mucho rato y estoy cansado. Además, me está saliendo una ampolla en el pie.

—¡Deja ya de quejarte! —dijo el padre, sin siquiera mirarle. Luego, murmuró—. Aquellas montañas no deberían estar allí. Parece que nos hemos desviado un poco hacia el Norte.

—¿Cómo sabe dónde está el Norte? —preguntó el niño, y dejó en el suelo el peso que llevaba a sus espaldas.

—Me guió por el Sol, que ahora estará al Suroeste —respondió Sebastián—. Y se pondrá en un par de horas —susurró de nuevo, sin que Vicente lo oyera.

El muchacho se entretenía tirando piedrecillas hacia el tronco de un árbol cercano. Entretanto, su padre seguía oteando el horizonte en busca de algún rasgo conocido del paisaje.

—Uno de los libros que me dejó don Julián —dijo Vicente— decía que se puede saber dónde está el Norte por la cantidad de musgo en los troncos de los árboles y en las rocas. Y por la noche, la estrella polar en la cola de la osa pequeña puede servir de guía. Cuando sea mayor me gustaría ser

maestro, como él.

Sebastián no ganaba mucho dinero, pero podía permitirse pagar a un profesor para que sus hijos recibieran tres veces por semana una enseñanza básica: leer, escribir, aritmética y cultura general.

Don Julián era para Vicente algo más que un profesor; era un amigo y alguien a quien admiraba, y un ejemplo a seguir. El profesor quedó muy pronto impresionado por la brillante viveza y la inteligencia en la mirada del niño. Julián descubrió que el muchacho era un chico listo, que tenía una gran aptitud para el aprendizaje y que poseía algo semejante al ingenio. Su gran capacidad para anticiparse a las preguntas y demostraciones de su profesor produjeron en éste la sensación de que el muchacho tenía una especie de "sexto sentido" para las cosas.

Vicente se había levantado un momento de donde estaba porque algo había llamado su atención, y Sebastián observó de reojo cómo se dirigía hacia un árbol que se hallaba entre ambos. De inmediato, el hombre identificó el objeto de interés del joven: al pie de dicho árbol había un grupo de setas de sombrero rojo y motas de color blancuzco.

—¡Ni te acerques ahí! —le advirtió al muchacho con ímpetu.

—¿Por qué? Las matamoscas no son venenosas.

—Son algo peor. Así que aléjate de ellas —le ordenó, e hizo un gesto enérgico con la mano.

Sebastián creía que la mayoría de los vegetales los había creado Dios con Su gran sabiduría en el tercer día de la Creación. Todo lo que hizo era bueno. Sin embargo, había cierto tipo de plantas, a las que él calificaba de "demoníacas", que no existían en el Edén original, sino que Satanás las sembró en el suelo cuando Adán y Eva fueron expulsados del Paraíso. Pensando que un Dios amoroso no podía haber creado las abominaciones que se ven hoy día en la tierra, como algunos tipos de vegetales venenosos y alucinógenos, su existencia no podía deberse a otro que al opositor de Dios. Según creía, los espíritus malignos residían en aquellas vistosas setas que habían provocado la curiosidad del joven, y cuando una persona las ingería, el mal entraba en ella y le hacía tener visiones espantosas de mundos terroríficos, muy alejados del Creador. En aquel caso sólo se trataba de Amanita muscaria y, aunque Sebastián sabía que su hijo era capaz de distinguir las setas comestibles de las venenosas, siempre era

mejor mantenerlo alejado de la tentación. Nombres de hongos como "boleto de Satán", "huevo del diablo" y "seta de los muertos" eran una prueba, para él, de la estrecha relación existente entre estos seres vivos y el mal.

—Recuerda, si no —continuó—, lo que le pasó a los Duarte el año pasado; todos muertos, envenenados por la cicuta verde. Hasta el niño chico amaneció más tieso que un palo, con el hígado destrozado.

La dura advertencia de su padre y, sobre todo, el recuerdo de aquella triste historia, produjo en Vicente cierto malestar interior y bloqueó todo intento por su parte de observar de cerca aquellos hongos. Así que volvió a sentarse. A continuación dijo, para cambiar de tema:

—Desde que salimos de aquel sendero no reconozco nada, ninguna montaña ni ninguno de los valles por los que hemos pasado. Ahora creo que no fue una buena idea haber tomado aquel atajo.

—Pues me temo que tendremos que pasar la noche aquí. Deberíamos empezar ya a buscar un sitio donde acampar, antes de que se nos eche la noche encima —confesó Sebastián.

—¿Qué? —se quejó Vicente, pues la idea de dormir en aquel lugar no le hacía demasiada gracia.

—Qué podemos hacer si no, a estas horas y con lo que hemos andado. Nos resguardaremos entre unas rocas y encenderemos un fuego. Pero antes iremos a coger agua a un riachuelo que he visto allí abajo y que discurre por aquel valle. Anda, vamos.

Vicente se había quedado abstraído y su semblante sufrió un ligero cambio: ahora mostraba una mezcla de sorpresa y preocupación —de la que no se percató su padre— al recordar algo que él mismo había dicho hacía tan sólo unos segundos antes. Absorto en sus pensamientos, Vicente trazaba líneas sin sentido en la tierra con un dedo y sin escuchar lo que decía su padre, por lo que ni siquiera se dio cuenta de que éste se estaba alejando.

—¡Eh! ¿Qué haces ahí? ¡Vamos! —exclamó Sebastián cuando vio que su hijo se quedaba atrás.

Vicente cogió de prisa sus bártulos y le siguió.

Bajaron por la inclinada ladera de la montaña para salir del bosque y adentrarse en un amplio claro del valle rodeado por un mar de montañas con las cumbres espolvoreadas de nieve, árboles dispersos y una

vegetación poco densa. Aquí y allá, esparcidas por el valle, se veían flores de diversas especies: orquídeas, gencianas, madreselvas, malvas y narcisos. Una cascada de agua fría, que surgía a borbotones de entre los riscos de una montaña cercana, alimentaba al arroyo que serpenteaba por entre las hojas caídas, hasta perderse en la profundidad del bosque. El suave olor a hierba húmeda impregnaba el aire. Era un lugar que producía una agradable sensación de relajación, y la luz dorada del atardecer aportaba mayor encanto al paraje. Sebastián llenó un odre que llevaba y saciaron su sed allí mismo.

—Es bonito este sitio, ¿eh? —dijo, tras tomar un sorbo de agua.

—Sí —respondió el niño con timidez.

—Este lugar es algo... especial —Sebastián pronunció estas palabras en voz baja, como rememorando viejos recuerdos.

—¿Le recuerda al río que vio usted, padre? —preguntó Vicente, ahora con cierto interés.

Sebastián miraba en derredor suyo y contemplaba, embelesado, la maravillosa belleza del jardín natural en el que se encontraban, escuchando el sonido del agua de la cercana cascada rompiendo contra las rocas grises. Un sentimiento de calma y satisfacción emergía de su interior y le invadía; ellos dos solos allí, unos seres tan diminutos como hormigas, en contraste con la grandeza de las imponentes montañas del Pirineo, observándolos, como gigantes.

—Sí, se le parece un poco —afirmó con lentitud.

Vicente sabía a qué se refería. Su padre ya le había contado esa historia muchas veces, cosa que sólo hacía a personas en las que confiaba de verdad. En su juventud Sebastián era ateo, y no se interesaba lo más mínimo por las cosas del espíritu; nunca iba a misa. El incidente ocurrió en el año 1906, cuando contaba veinticuatro años. Por aquel entonces se dedicaba a pintar casas. Un caluroso día de verano estaba dando color a la fachada de la parte superior de una vivienda de dos plantas cuando resbaló, cayó al suelo y se fracturó el cráneo. Estuvo tres días en coma, pero lo que vio y sintió durante ese tiempo "me abrió los ojos", según sus propias palabras.

Algo salió de él, su espíritu escapó de su cuerpo, y se vio a sí mismo tumbado sobre el césped. Entonces apareció aquella luz, tan cálida y

brillante, y su único deseo en aquel momento fue llegar hasta ella. Cuando al fin lo hizo sintió una presencia divina que le dijo que quería mostrarle algo. A continuación le llevó a un sitio muy hermoso y tranquilo, difícil de describir con palabras; algo parecido a un prado, poblado de árboles frondosos, hierba y montañas, y por el que discurría un río de agua cristalina con una superficie lisa como un espejo. Y al otro lado del río, en la distancia, se divisaba una ciudad. Pero no se trataba de una cualquiera; era una ciudad de luz. Resultaba curioso, pero desde la distancia podía ver su interior, rodeada por murallas. Todo parecía estar hecho de piedra blanca que relucía a la luz dorada de un sol invisible a los ojos. Había grandes cúpulas como templos que se asomaban por encima de las altas murallas; y por todas partes la gente caminaba con paso gozoso, con la cabeza levantada y los ojos chispeantes, como si la vida fuese pura felicidad. De alguna parte que no podía precisar llegaban los sonidos de una hermosa música, que parecía flotar en el ambiente. Él deseaba vivir allí, pero el guía espiritual le dijo que si entraba en aquel lugar no podría regresar.

Semanas después de aquella sobrecogedora experiencia, Sebastián descubrió que en el libro del Apocalipsis se describe un río de agua de vida y una ciudad de piedras preciosas, y esto, para él, fue una prueba convincente de que lo que vio tras el accidente era real, que existía de verdad en el "otro lado". Y esa fue la causa que lo llevó a convertirse en un hombre de una fe obsesiva. El cura don Miguel le decía que había sido tocado por el dedo de Dios, que aquella visión fue como si un velo hubiera caído de su vista y ahora pudiera ver de manera clara. "Después me mostró un río limpio de agua de vida, resplandeciente como cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero", solía recitar de memoria.

Se convenció de que las profecías que se relataban en el último libro de la Biblia también eran ciertas. La manifestación de la bestia del Apocalipsis era inminente y cuando apareciera, furiosa y al acecho, haría todo lo posible por perturbar y arruinar a los fieles.

Y ahora, en aquel valle, la contemplación del paisaje —y del río en particular—, le producía sentimientos y emociones que le hacían recordar aquella experiencia cumbre en su vida. Aunque pronto se dio cuenta de que a su hijo le preocupaba algo, porque llevaba un buen rato como ausente.

—¿Tienes miedo? ¡Eh, que sólo será esta noche! Mañana por la

mañana seguiremos este riachuelo corriente abajo hasta que lleguemos a su desembocadura en el Cinca, que será el que nos lleve a casa. Y ya verás como mañana a mediodía estaremos tú y yo almorzando un buen potaje de lentejas, que tanto te gusta, al calor de la chimenea.

Vicente comprendió el efecto que pretendía conseguir su padre con semejantes palabras tranquilizadoras. Y sí, sentía un vago temor, pero aunque era la primera vez en su vida que pasaría la noche a la intemperie, sin apenas comida ni nada con qué abrigarse, no era eso lo que en verdad le preocupaba, y no se atrevía a contárselo.

—Sí, padre. Pero mamá estará preocupada. ¿No podemos volver atrás? —suplicó el niño.

—No hay tiempo para deshacer el camino —respondió Sebastián—. En poco tiempo no nos quedará luz para seguir, y lo más prudente en este caso será buscar un sitio que nos proteja del relente de la noche.

Al rato Sebastián vio, en la falda de una de las montañas que se divisaban desde allí, lo que parecía ser la entrada a una cueva, por lo que pensó que sería una buena idea ir a echarle un vistazo.

## II

A medida que caía la tarde, la luz del sol se tornaba de color rosáceo en las cercanías del horizonte, tiñendo de colores cálidos las nubes poco amenazadoras que salpicaban el cielo de la región y produciendo sombras alargadas sobre el bosque. Un par de mariposas revoloteaban en un gracioso baile mientras, en las alturas, un águila culebrera se deslizaba, majestuosa, por el aire. A unos veinte metros de nuestros protagonistas una peligrosa víbora áspid se escurría, silenciosa, sobre el tronco de un árbol muerto y, más allá, una bandada de gorriones se acercaba a beber a una pequeño laguna producida por las últimas lluvias. Y a dos kilómetros de allí, un turbador grupo humano abatía a un ciervo herido.

En el camino ascendente que conducía hasta la entrada de la cueva encontraron excrementos, fragmentos de huesos y trozos amontonados de madera quemada en lo que parecían ser los restos de una hoguera extinguida hacía días. Sebastián intentaba hacer fuego con las cerillas que siempre solía llevar encima para fumar en su pipa de madera de pino, cosa

que hacía cuando estaba de buen humor. Pero esa tarde no lo estaba.

—Tú quédate aquí fuera, no sea que dentro haya un jabalí o un oso. Y coge las ramas secas que veas por ahí —ordenó con impaciencia.

Vicente, con su habitual obediencia, se puso manos a la obra, sin rechistar.

Al poco tiempo, cuando el fuego estaba listo, vio cómo su padre se introducía en el interior de la cueva con un palo encendido a modo de antorcha.

—Tenga cuidado ahí —dijo en voz alta, pero su padre ya se había perdido en el interior.

Mientras Vicente recogía ramas y hojas por las cercanías, un sentimiento de ansiedad se iba apoderando de él; la fuente de esa sensación era una mezcla de desconfianza hacia la oscuridad de la inminente noche —a la que siempre había temido— y el temor a ciertas historias que había oído sobre ese bosque. Era inevitable tener que pasar las próximas horas allí, pero su deseo en aquel momento no consistía en otra cosa más que en salir de aquella vasta región cuanto antes y llegar a casa; motivo por el cual deseaba irse a dormir lo más pronto posible.

“¿Por qué teme el ser humano a la noche, a la oscuridad?”, se preguntaba. Una vez le hizo esa misma pregunta a don Julián, y éste contestó que no temía a la oscuridad sino a lo que podía ocultarse en ella. Después continuó con una respuesta intelectual —como solía hacer a menudo— que produjo en Vicente un mayor desasosiego al recordarla en aquel momento próximo al ocaso. El profesor le dijo en aquella ocasión:

«Quizás porque la Luna preside la noche y es la que ampara a los muertos; su luz es fría e indirecta, muerta. Durante el día la vida de los hombres fluye, pero éstos han considerado desde siempre que la vida se paralizaba durante la noche, y que durante ese lapso de tiempo la que imperaba era la muerte. Con la muerte y la noche se asocia el mal. La Luna, y por tanto la noche, se ha asociado a la mujer y sus pensamientos oscuros, mientras que el Sol ha estado estrechamente ligado al hombre; “Yo soy la luz del mundo”, dijo Jesús. La noche es una cosa temible que encierra un misterio pavoroso, no sólo en ti, Vicente, sino también en personas que no tienen ninguna creencia religiosa.

Esa respuesta le convenció, pero no eliminó su temor. Por otra parte,

y quizá por la misma razón —pensó—, su padre tenía en tan poca consideración al género femenino.

Meditando en estas cosas, y cuando apenas había acabado de recoger un buen montón de leña, vio cómo su padre salía, tambaleándose, del hueco de la cueva. Vicente observó su semblante serio, que reflejaba inquietud y malestar, incluso pánico. Cuando estuvo a su altura, Sebastián sólo pronunció un seco “Alejémonos de este sitio”, antes de que el hijo pudiera preguntar si la cueva era un lugar seguro.

Se dirigieron hacia el Este, siguiendo el curso del riachuelo que vieron con anterioridad. De vez en cuando Vicente echaba breves y furtivas miradas a su progenitor en busca de alguna explicación por la precipitada huida de aquel lugar por parte de éste y una respuesta de lo que había encontrado en aquella cueva. Pero ya conocía esa expresión en el rostro de su padre que indicaba que no hablaría, por mucho que él insistiera.

Caminaron en silencio por el valle durante unos minutos, cada uno ensimismado en sus pensamientos, hasta que, justo donde comenzaba el bosque denso, vieron —junto al riachuelo y entre unos enormes bloques de piedra— un buen sitio donde acampar. De manera que improvisaron un refugio, prepararon todo lo necesario para encender un fuego y se acomodaron todo lo aprisa que pudieron, ya que el Sol se había puesto y la penumbra comenzaba a cubrir el bosque.

### **III**

Tras comer los restos del desayuno —higos secos y un poco de queso viejo—, Vicente se tumbó sobre las ramas de pino que había esparcido en el suelo a modo de lecho, junto al fuego, mientras Sebastián afilaba su navaja con un canto rodado que había cogido de la orilla. El viento se había calmado al ponerse el Sol y nada se agitaba en aquel inmenso mundo de rocas y ramas. Una hora después del ocaso, una brillante luna llena emergía desde el Este por encima de una montaña, iluminando las nubes altas de color de plata, y las estrellas más brillantes hacían su aparición. Vicente detectó cierto alivio en el rostro de su padre cuando éste observó salir el astro. “Así tendremos un poco de luz”, pensó, aunque percibía preocupación en su prolongado silencio y en su mirada; inquietud que, por otra parte,

parecía ser contagiosa. El sexto sentido del muchacho le decía que algo pasaba, que su padre había visto algo en el interior de aquella cueva que le perturbaba pero de lo que no quería hablar. De modo que ni siquiera le comentó nada al respecto. Después de un rato preguntó, más bien como medio de romper el silencio:

—Padre, ¿cree usted que Dios vive en una de esas estrellas?

—Claro. Todos nosotros tenemos una casa, y Dios también debe tener la suya —aseguró, mientras elevaba la vista al cielo.

—Una vez leí en un libro que cuanto más alto se sube, menos aire hay, y por eso es tan difícil respirar en la cima de las montañas. Y más allá todavía, ya no hay nada —aseguró Vicente.

—¿Ah, sí? Pues no sé, nunca he subido tan alto —adujo Sebastián, sin prestar demasiada atención.

—Pero si eso es verdad, me pregunto cómo podrán vivir allí arriba los santos y los ángeles, si no queda nada de aire. ¿No subió también Jesús con su cuerpo al Cielo después de resucitar? —Su pregunta era por una parte ingenua y por otra, retadora. Y él lo sabía. En cierto modo, esta cuestión logró despertar a Sebastián del letargo mental en el que estaba sumido.

—Hijo, para Dios todo es posible, y aunque no sepamos el porqué de las cosas no debemos preocuparnos demasiado por ello. Algún día lo sabremos todo. Tienes que saber que el conocimiento humano sólo aporta al hombre desilusión y el reconocimiento de lo poco que sabe. Y hay cierta clase de conocimiento que representa el mal, ¿o acaso Adán no fue expulsado del Paraíso por querer saber? ¿Y el conocimiento de las brujas? ¿No les ha llevado también a la perdición, al hacer pactos con el diablo? Deja de leer esos libros que te presta don Julián y lee más la Biblia.

»Un vecino del pueblo, hace años, leía mucho y la gente lo consideraba un sabio; había estudiado la filosofía, la medicina y un montón de cosas más. Y sin embargo, se sentía desgraciado, era incapaz de disfrutar de la vida. Así que ya ves —afirmó con seguridad.

—O sea, que Dios expulsó a Adán del paraíso porque éste desobedeció una orden después de dejar que el Demonio lo tentara, como a Job, ¿no?... Si el diablo sólo hace esas cosas malas cuando Dios lo permite, empujándonos al pecado, entonces no somos totalmente libres, así que ¿por qué castigar a las brujas, que son los instrumentos del maligno? ¿Se

debe castigar a una persona que no es libre?

Ésas eran el tipo de preguntas procedentes de una mente inquieta y joven como la de Vicente, y de ellas su padre escapaba diciendo:

—Somos seres libres, pero sólo siervos del maligno en los momentos en que hacemos lo que no es recto a los ojos del Señor, como cuando una bruja hace un pacto con aquél. Pero bueno... yo no soy teólogo.

Sin embargo, estas explicaciones no bastaban a una mente tan inquisitiva como la de Vicente, que había comenzado a dar muestras de rebeldía ante las enseñanzas de los Evangelios que con tanto celo le habían dado sus padres, especialmente Sebastián. Una rebeldía que sólo era una mínima porción de la furia contenida que se había ido almacenando con el tiempo en su interior y que el joven focalizaba ahora en su padre con esas preguntas desafiantes. Así que el niño prosiguió, sin ser del todo consciente del terreno resbaladizo en el que se estaba metiendo.

—Pero si Dios permite al maligno tentarnos a hacer un pacto, entonces está haciendo posible ese pacto, y es cómplice de...

—¡Basta ya, no injuries! —Sebastián le interrumpió con un grito, le echó una severa mirada y levantó la mano en actitud agresiva.

Vicente sabía, por otras veces, que no debía herir la sensibilidad de su padre de aquella manera y que tenía que tener más tacto al hablar de esos temas que eran tan importantes para él. Sebastián, en otras circunstancias, habría reaccionado con mayor dureza ante aquel intento de rebelión por parte de su hijo pero, quizá debido a lo excepcional de la situación en la que se encontraban, respondió con un tono menos beligerante, incluso sereno, cosa que sorprendió a Vicente.

—Hay cosas que tú aún no puedes entender —pronunció con tono más calmado.

Sebastián miró la cara de tristeza de su hijo, y entonces se dio cuenta de la falta de confianza que existía entre ambos y el abismo que los separaba. Ambos se quedaron sin decir palabra durante varios minutos y, aunque estaban a tan sólo un metro entre sí, la "distancia" era inmensa, cada uno de ellos acompañado sólo por sus temores internos.

Al cabo de un rato Sebastián se levantó y se alejó en silencio unos metros. Vicente ni siquiera le preguntó adónde iba. Éste se había echado de espaldas, con las manos apoyando su cabeza a modo de almohada, y

contemplaba las estrellas.

En un vuelo silencioso, una lechuza blanca cruzó veloz el campo de visión del muchacho y se fue a posar sobre una rama del árbol que había justo encima de donde se encontraba Sebastián. El animal comenzó a ulular. El hombre levantó la vista y se estremeció: recordó que ciertas leyendas provenientes de la región recomendaban evitar a toda costa escuchar el canto del búho, pues decían que anunciaba muerte y desgracias familiares.

Varios minutos más tarde Sebastián regresó, con paso lento, y se sentó en el suelo. Entonces se dedicó a coger algunas piedras que tenía al alcance de su mano y a colocarlas una encima de otra, esperando, como si estuviera acumulando fuerzas para decir algo que no se atrevía a contar. En su interior había crecido un sentimiento inquietante durante las últimas horas, y ahora necesitaba expulsarlo. Hasta que, al fin, dijo:

—¿No notas... nada raro, en este bosque?

—¿Por qué? ¿Pasa algo? —habló el muchacho.

Vicente pronunció estas palabras de forma refleja y sin ninguna convicción. En ese instante un escalofrío había recorrido de súbito su espalda, porque tuvo el claro presentimiento de que la pregunta de su padre llevaba implícito el temor a algo desconocido. Un temor hacia ese bosque que, ya antes, el joven había percibido.

—Es extraño —continuó Sebastián—; desde que salimos de aquel sendero no hemos vuelto a ver a nadie, ningún campesino, ningún recolector de setas y ningún otro camino. Nada hecho por la mano del hombre.

—Bueno, en la entrada de la cueva había restos humanos, ¿no? ¿Qué había allí dentro?

A Vicente le tembló la voz e hizo esta última pregunta instintivamente, casi sin pensarla. Pero un segundo después se dio cuenta de que era acertada, pues sabía que aquél podría ser un momento propicio para conseguir alguna información que quizá tuviera relación con el motivo de su inquietud. Su padre entonces comenzó a hablar:

—El cura don Miguel, que en paz descanse, era una persona piadosa, afable y buena, además de un gran amigo. Recuerdo su voz, que transmitía serenidad y confianza, y su leve sonrisa siempre que hablaba.

Acostumbraba a venir a nuestra casa a comer y después nos relataba anécdotas e historias sobre el pueblo. Conocía a todo el mundo y todos le conocían a él. Estaba convencido de que un hombre debe mantenerse siempre sobrio, y a menudo me hablaba sobre los peligros de la embriaguez; forma de pensar que, por otra parte, comparto con él, como sabes.

»Un día nos contó que hacía años, cuando él era joven, el pueblo se sobresaltó ante la desaparición de tres muchachas de la vecindad. Este tipo de cosas es posible que ocurra a menudo en una gran ciudad, pero no así en una pequeña comunidad como la nuestra. De modo que inmediatamente se procedió a una búsqueda por el pueblo y sus alrededores, y también por los montes, pero no encontraron ni rastro de las niñas.

»Más o menos dos semanas después, un pastor que había sacado sus cabras por la sierra norte descubrió por casualidad, en una recóndita cueva, a las tres jóvenes. Estaban muertas. El espectáculo tuvo que haber sido dantesco; el pastor incluso estuvo varios días sin poder salir de su casa de la fuerte impresión que se llevó. Parece ser que las chicas habían sido víctimas de algún tipo de sacrificio en un rito satánico, por los símbolos que había en las paredes de la cueva y las palabras blasfemas escritas junto a los cadáveres. La madre de una de ellas cayó en una profunda depresión y murió poco después. Un verdadero drama. No se encontró a los culpables, pero al menos no se volvió a repetir aquello.

—Y usted cree que la cueva en la que ha estado es la misma en la que esas niñas fueron asesinadas —afirmó el niño, aunque más bien se trataba de una pregunta.

—Es posible. Lo que he sentido allí me ha hecho recordar la historia de las jóvenes. Fue algo bastante extraño... como una visión. Esas cruces invertidas y los símbolos demoníacos en las paredes que vi en el interior me han hecho pensar que aún hay sacerdotisas del diablo que ofician misas negras y realizan sacrificios. Cuando estaba en aquel antro tuve la horrible sensación de estar aquel día con las muchachas. Estas actividades demoníacas no son sino una prueba de que el anticristo está a punto de aparecer. Hay algo maligno y demoníaco en estos bosques —y se santiguó. En realidad, Sebastián había tenido otras visiones aún más escabrosas sobre las que no se atrevió a decir nada.

Vicente comprendió entonces la causa por la que su padre había salido tan afectado de la cueva. Pero eso no hizo más que incrementar su ansiedad, que le quemaba por dentro; se sentía como si estuviera en el interior de un tren en marcha y quisiera salir de él a toda prisa. Vicente comentó tímidamente, con la cabeza gacha y sin mirar a su padre, como preludio para una confesión:

—Esteban me contó una cosa.

—¿El amigo rarito ese con el que sueles jugar, el hijo de Tomasa? —preguntó Sebastián con disgusto. Vicente asintió con la cabeza— Te he dicho que no me gusta que te juntes con ese niño —y le miró con severidad.

Vicente sabía de antemano la reacción que provocaría en su padre el mencionar el nombre de su amigo. La autoridad de su padre llegaba hasta el punto de inmiscuirse en su vida y controlar sus amistades, y cuando descubría que su hijo salía con personas que él no consideraba “convenientes”, entonces le echaba una fuerte reprimenda. Aunque en este caso el motivo de su enfado era, más bien, por tratarse del hijo de la señora Tomasa.

—Bueno, ¿y qué fue lo que te dijo? —preguntó Sebastián una vez aceptado lo que ya no tenía remedio.

—Como sabe, su madre ve cosas que poca gente puede ver. Dice que el bosque suele ser un lugar que te enseña cosas sobre el mundo y sobre uno mismo. Pero que algunas veces es un lugar para otras criaturas y no para nosotros. Una vez le contó a Esteban que en ciertos momentos del día hay ocasiones en las que aparece un sendero en medio del bosque, con un letrero sin nombre clavado en un poste y sin otras huellas que las que van dejando tras de sí los incautos que pasan por él. Lo curioso de ese misterioso camino es que no conduce a ningún lugar concreto, sino donde él quiere. Es como si tuviera vida propia y supiera en cada momento lo que piensan los viajeros. Todos los que caminan por él, al poco tiempo se dan cuenta de que están en otra parte y en otro tiempo, y ya no pueden volver nunca más. A algunos los conduce a parajes hermosos, pero a otros los lleva al mismísimo Infierno. Dice que muchos que vinieron al bosque a coger setas o a cazar han desaparecido para siempre. Ese extraño sendero aparece sólo en ciertos momentos y lugares que son propicios; lejos del

pueblo, donde hay pinos y agua cerca, y algo más que no recuerdo. Hay gente que lo ha visto aparecer de la nada y desaparecer a los pocos minutos.

—¿Estás diciendo que el camino que dejamos hace una hora ha hecho que nos perdamos? —preguntó el hombre, irritado.

—No lo sé, pero es raro que hubiera terminado de repente en aquellos matorrales. Además, era demasiado sinuoso, cosa que también le sorprendió a usted. Y ahora, lo que usted me ha contado sobre esa cueva que produce visiones... —dijo, como justificándose.

—¡Por Dios Santo!, esa bruja de Tomasa tiene mucha imaginación —dijo en tono despectivo—, aunque conociéndola bien no me extrañaría nada que los demonios fueran los que le metan esas visiones en su cabeza loca y luego se lo cuente a su hijo. Ésa sí que va a ir de cabeza al Infierno en el día del Juicio Final —decretó Sebastián.

—Pues ella dice que son los ángeles los que le dan mensajes en sueños y los que le provocan las visiones.

—¡Ángeles sí, pero caídos! El Señor no puede hablarle a una bruja. Son los demonios los que lo hacen. Desde que murió el bueno de Rodrigo ha ido de mal en peor; apenas habla con nadie. Y esa mirada que tiene me provoca escalofríos —hizo un gesto de repulsa.

Vicente entró en un pequeño conflicto mental y se quedó pensativo, puesto que era incapaz de entender el razonamiento circular de su padre: de modo que las visiones de la señora Tomasa no podían ser atribuidas a los ángeles por la razón de que ella era una bruja y, a su vez, ella era una bruja porque recibía visiones del maligno.

—Pero, ¿de verdad cree usted que es una bruja? ¡Si va todos los domingos a misa, como nosotros! —exclamó el niño.

—La naturaleza las ha hecho hechiceras. Esta comarca tiene una larga tradición, que se pierde en la noche de los tiempos, de mujeres aparentemente decentes que llevan una vida normal pero que en su intimidad tienen relaciones íntimas con Lucifer. Se han vuelto al paganismo y cometen hechos terribles que ninguna mente prudente y en su sano juicio tramaría jamás. Sin ir más lejos, se cuenta que la madre de Tomasa quiso hacerse monja en el convento de Santa María de Sigena. Se entregaba al ayuno y a castigos con el flagelo, y un día, tras sus plegarias después de

misa, despegó del suelo y voló hasta el altar en estado de éxtasis. Las llamas de las velas no le quemaron, y regresó volando a su sitio. Decían que preparaba una mezcla de plantas demoníacas que recogía en este mismo bosque y se la frotaba por el cuerpo. Entonces entraba en trance e invocaba a legiones de demonios, que la levantaban del suelo. También cuentan que podía convertirse, a voluntad, en diferentes animales: lobo, liebre, cuervo y gato negro. Vamos, lo que se dice una bruja en toda regla. Pero lo peor de todo era que intentaba corromper al resto de las pobres monjas decentes. Por supuesto, al poco tiempo fue expulsada del convento. ¡Ah, deberían quemarlas a todas, como se hacía en el siglo XVII! —incredó, haciendo un gesto de repugnancia.

»No es que sólo lo diga yo —continuó—; pregúntale a cualquier viejo del pueblo y verás como lo que afirmo es cierto. El maligno es muy poderoso, hijo —Sebastián adolecía de un temor supersticioso a pronunciar los nombres Satán o Satanás—, sabe cómo pensamos y conoce nuestras debilidades, porque a su favor tiene una gran experiencia y conocimiento de los hombres debido a los miles de años que lleva existiendo. Y esto hace que sepa utilizar muchas artimañas para hacer tropezar a los que son débiles.

Cuando su padre hablaba así, Vicente tenía la sensación de estar oyendo un sermón del cura del pueblo.

—Y otra cosa —prosiguió—. Si cuando una persona entra en ese camino ya no puede salir, ¿cómo es que entonces alguien puede decir que te lleva a otro lugar del espacio y del tiempo? ¿No ves que no tiene lógica ninguna? —preguntó victorioso.

—No sé. A lo mejor alguien sí que pudo volver con vida para contarlo —dijo Vicente, sin demasiada convicción.

—He oído muchas cosas extrañas sobre estos bosques, algunas tan horribles que harían estremecer al hombre más valiente. Pero otras no son más que cuentos de viejas —aseguró.

—¿Qué cosas?

—Tonterías como ésa de tu amigo. No creo que el opositor de Dios utilice atajos para llevarnos al Infierno. Usa otras formas, otras armas contra nosotros. El único camino que debe tomarse es el de la rectitud y el de la vida virtuosa. El que debemos evitar es el otro, el que lleva a la

perdición. Como dice el evangelio: "Porque ancho y espacioso es el camino que lleva a la condenación; y muchos son los que van por él".

Pero Vicente insistió:

—¿Esas cosas que has oído son peores que el sendero fantasma?

—Algo parecido. Por esta región abundan grandes bloques de piedra, como éstos de aquí —dijo, señalándolos con la cabeza—. Se les llama menhires. También hay dólmenes, aunque hoy no he visto ninguno. Son construcciones hechas por el hombre, que se remontan a miles de años de antigüedad, y con propósitos diferentes: algunas son cementerios y otras indican la dirección por la que se pone el Sol o la Luna en ciertas épocas del año. Dicen que en nuestra tierra existen ciertas zonas cargadas con una energía especial, que proviene de las estrellas y se acumula en ellas, como en ésta de Sobrarbe. En aquellos tiempos lejanos, cuando la magia presidía casi todos los actos de sus vidas, algunos hombres levantaron unos bloques macizos con fines menos mundanos; después de realizar ciertos rituales mágicos, aquellas piedras tenían el curioso poder de robarle parte de esa energía a la Tierra, energía que usaban para abrir una especie de portal a otros lugares, a otros mundos. Hasta al Infierno, supongo. Dicen que fue a través de una de esas puertas por la que entraron los demonios, cuando bajaron a la Tierra para poseer a las mujeres de tiempos antiguos y tener prole con ellas; los famosos gigantes de la antigüedad, los nefilim —dijo estas palabras casi como un susurro. A continuación siguió diciendo otras cosas a las que Vicente no prestó demasiada atención; como que esas historias probablemente eran falsas, pero que, de ser ciertas, no había que tener miedo porque Dios protege a los fieles, etcétera.

El niño se quedó mudo por lo que había oído y no tuvo ganas de decir nada; su padre había logrado aterrorizarle. Después, éste dijo que ya era hora de dormir si mañana querían llegar pronto a casa, por lo que se tendió dándole la espalda.

#### **IV**

Sobre la media noche unas nubes ocultaron momentáneamente la Luna —que entonces alcanzaba en el cielo su punto más alto—, eliminando así las tenues sombras que la luz del astro había arrojado por el lugar hasta

entonces. Las rocas tomaban formas amenazadoras y un profundo silencio invadía el pequeño campamento; el suave murmullo de las aguas del riachuelo, que corría a unos metros de distancia, era el único sonido audible. Una ráfaga de viento se deslizó por el bosque avivando los rescoldos y levantando llamas fugaces. A quince metros de allí, una pequeña rana roja saltaba de una roca y se metía en el agua. Y, a menos de un kilómetro de distancia y acercándose —hacia el Norte—, un culto arcaico y pagano de un dios ya olvidado por el Hombre, centrado en la danza y en la naturaleza animal y vegetal, estaba renaciendo. Las fieles eran dieciséis mujeres ebrias que iban revestidas con pellizas de cervato y leopardo, y coronadas de hiedra. Unas tenían serpientes enroscadas en sus brazos, mientras otras bailaban, poseídas por la locura que su dios les infundía.

De repente, un ruido rompió el sueño de Vicente e hizo que éste se despertara de un sobresalto. No podía precisar si había sido un aullido de un animal salvaje o un grito humano. Miró a su alrededor, pero la oscuridad le impedía ver más allá de unos pocos metros. Su padre seguía durmiendo, víctima del cansancio. ¿Es que no lo había oído él también? ¿O había sido sólo producto de su imaginación?

El fuego de la hoguera casi se había extinguido, así que Vicente comenzó a echar ramitas sobre los rescoldos cuando, en una mirada fugaz hacia su izquierda, vio dos brillantes puntos amarillentos a la altura del horizonte. Casi al instante desaparecieron para luego reaparecer, como en un parpadeo. Pensó que podrían ser estrellas ocultas momentáneamente por la lejana vegetación, pero al poco tiempo comenzó a inquietarse cuando se dio cuenta de que en aquella dirección sólo había montañas. Y además, descubrió que se movían lentamente respecto a los troncos de los árboles que tenía frente a sí; eso significaba que no podía tratarse de estrellas, sino de algo mucho más cercano. Entonces las contempló con más detenimiento; movió el cuerpo hacia un lado y las luces desaparecieron, aunque volvieron a encenderse a los pocos segundos. Después movió la cabeza hacia el otro lado y ocurrió lo mismo. Fuera lo que fuera, aquello estaba allí, situado a sólo unos treinta metros de él. Su corazón comenzó a latir con fuerza y se le secó la boca. En actitud de auxilio miró de nuevo a su padre, que roncaba de espaldas a él, pero no se atrevió a despertarlo por temor a que se tratara de algo sin importancia y entonces se pusiera en ridículo. Giró su

cabeza de nuevo en dirección a los extraños puntos brillantes, pero habían desaparecido. Movi6 el cuerpo de nuevo en distintas direcciones para comprobar si el ángulo de visión afectaba a que las luces se encendieran, pero sin éxito alguno.

En un intento por iluminar más la zona, cogió más leña para reavivar el fuego. Cuando levantó instintivamente la vista al frente dio un respingo al desvelar el misterio que se escondía tras aquellas extrañas luces: dos ojos, encendidos como ascuas, le observaban a unos escasos diez metros de él. Vicente dio un grito de terror que hizo que su padre despertara. Éste dio un brinco preguntado qué pasaba, cuando pudo observar a un gran felino moteado de larga cola.

—¡Dios mío! —exclamó Sebastián, y comenzó a ahuyentar a la bestia con gritos y una vara encendida que había cogido de la fogata. El animal mostró los colmillos y, en un rápido movimiento, se perdió en la oscuridad del bosque.

Parecía un leopardo. Pero ¿qué hará un leopardo por estos lugares? —se preguntó Sebastián pensativo—. Debemos mantener vivo el fuego y, si dormimos cerca de él, ningún animal se acercará a nosotros. En realidad ya estaban bastante cerca del fuego y poco más podrían estarlo si no querían quemarse, razón por la que el animal, que seguramente estaría hambriento, no se atrevió a atacarles.

Tras la agitación que produjo la aparición inesperada de aquel felino, Sebastián pensó en el curioso sueño que había tenido en ese momento y en el que aparecía un leopardo. Sebastián y Vicente iban caminando en silencio por la calle del pueblo, que estaba desierta. Era de noche y una inmensa luna llena colgaba del cielo como si fuera una farola, iluminando toda la calle con una brillante luz blanca. De pronto se oyó un sonido estridente, como si una piedra hubiera impactado en un cristal, y la Luna se rompió en pedazos. Entonces la avenida entera se sumió en la penumbra. En eso que comenzaron a salir serpientes y fieras de las casas que había a su alrededor. La mayoría de los animales eran felinos de todo tipo: tigres, leopardos, panteras y gatos salvajes. Éstos iniciaron una persecución tras los humanos, rugiendo y mostrando sus fauces, que estaban manchadas de sangre y aún tenían restos de comida. Ellos corrían hacia el final de la vía, hacia donde pensaban que podían hallar la salvación, entre multitud de

mujeres que habían salido de sus casas para observar el espectáculo. Pero los animales eran más rápidos y sabían que tarde o temprano terminarían por alcanzarlos. En ese momento fue cuando se despertó.

El suceso había incrementado la intranquilidad en la pareja, que ahora intentaba mantener siempre alimentado el fuego, y comentaban lo ocurrido. Era difícil hablar de otra cosa y, aunque ambos estaban cansados, la preocupación les impedía dormir. Necesitaban conversar sobre cualquier asunto para combatir el miedo a lo que podía seguir acechando en la oscuridad. Dos horas más tarde Sebastián dormía de nuevo.

Mientras tanto, Vicente no dejaba de darle vueltas a una idea que le impedía conciliar el sueño: ¿se trataba aquel animal, de ojos centelleantes, de alguna bruja transformada por un hechizo, tal y como le había contado su padre esa misma noche? Aterrado, rezaba en voz baja todas las oraciones que le habían enseñado: el Padre Nuestro, el Credo y el Ave María. Y pedía a Dios que le protegiera de los demonios y de los espíritus malignos.

El miedo era como una bestia que se iba haciendo más y más grande a medida que pasaba el tiempo. Y se había instalado con firmeza en el interior de Vicente. Sólo la luz del sol de la mañana podría combatir su temor. Porque, además de la fuerte impresión recibida hacía unos minutos y de imaginar lo que pudiera haber detrás de aquel animal, también pensaba en las historias terroríficas que su amigo le había contado. Algunas veces por la noche —decía Esteban—, la gente que deambula sola por esos bosques oye voces. Y es entonces cuando se dan cuenta de que en realidad no están solos. Únicamente en el momento en que uno se queda muy quieto y callado es cuando descubre que las voces están hablando sobre él, palabras que provienen de gente de su alrededor. Y esas personas son invisibles, porque no se puede ver con ojos corrientes aquello que no es humano.

Desde hacía media hora se había levantado un poco de viento, que hacía mecerse las ramas de los árboles, produciendo apagados susurros. Vicente se tapaba los oídos para no tener que oír aquellos sonidos, que en unas ocasiones le parecían lamentos; en otras, cuando las ráfagas eran más intensas, aullidos espantosos; y en otras, aún más horribles, llamadas por su nombre.

Así estuvo largo tiempo, tendiéndose sobre un costado y luego sobre el otro, cuando escuchó un sonido cercano, como un quejido, que provenía de su derecha. Pensó que esta vez sí era verdad, que no se trataban de falsas alarmas: el mismísimo diablo venía a por él para llevárselo consigo al Infierno. El terror fue tan intenso que no pudo contener la vejiga; ni siquiera tuvo el valor de abrir los ojos para no ver lo que él creía que era el rostro del opositor de Dios, porque entonces se hubiera muerto allí mismo de la impresión. Al ver que pasaba el tiempo, y que nada ocurría, pensó entonces, con alivio, que quizá se tratara de algún animal. Pero cuando aguzó más el oído se sorprendió al descubrir que la misteriosa fuente de aquel sonido no era otra que su propio padre, que lloraba en sueños.

Ya recuperado del susto inicial, no se atrevió a tocarlo. Entonces, Vicente se dio cuenta de algo que le había resultado difícil de aceptar hasta ese momento: a pesar de la aparente firmeza con que su padre trataba a su familia y la entereza que demostraba ante situaciones adversas, bajo su piel se escondía un hombre aterrado, mentalmente débil. Más de lo que aparentaba ser. Y a veces no podía disimularlo, sobre todo cuando el mal acechaba cerca y podía alcanzarle de alguna forma. Y si él era débil, como le había dicho, entonces el diablo podría aprovecharse de sus debilidades.

Pero lo que Vicente no sabía era que en el interior de su padre se estaba produciendo una lucha silenciosa e invisible, en la que el bien y el mal se enfrentaban, cuyo origen se encontraba anclado en su pasado. Sebastián se sentía atormentado porque creía que la visión demoníaca en la cueva había sido producida por el diablo, y eso era una prueba de que había perdido el favor de Dios. Un favor que le fue concedido cuando recibió la dicha de ver su majestuosidad en estado de coma, pero que ahora le había sido denegado. Ello se debía a que era un pecador y había hecho algo malo, por lo que merecía ser castigado.

Sebastián, desde su niñez, veía el castigo como algo necesario para enmendar su camino. Esto estaba motivado por las constantes palizas que recibía por entonces. Un claro ejemplo de ello ocurrió cuando él tenía cinco años y fue llevado a que lo viera un médico, por unos graves trastornos en el sueño y un extraño comportamiento. El doctor, tras examinarlo, les dijo a sus padres algo revelador:

—Su hijo suele arrastrarse por el suelo, sobre su vientre, como una

forma de intensificar su excitación sexual. Y en esos momentos suele decirme de manera continua: "Ahora tiene que darme una paliza".

—¿Por qué? —preguntó su padre.

—Cuando le hice al niño esa misma pregunta me respondió excitado: "Porque es bueno".

Sebastián vio —o soñó despierto— algo más en aquella cueva que guardó para sí, pero que le producía un gran desasosiego y aprensión. En el interior de la gruta, cuatro brujas jóvenes, desnudas, oficiaban la misa con una ostia negra. Una de ellas, la sacerdotisa, tomó en sus manos una poción alucinógena compuesta por belladona, beleño y mandrágora —que había en un crisol— y la untó en un palo largo y romo. Después se tumbó en el suelo, boca arriba y con las piernas abiertas. A continuación sus compañeras le introdujeron aquella verga envenenada en su vagina, una y otra vez, mientras se besaban entre sí en la boca, obscenamente. Allí se encontraban también las tres niñas desaparecidas, que imploraban que no les hicieran daño, y sus lamentos se mezclaban junto con los gemidos de placer que a la sacerdotisa le producía aquel inmundo acto masturbatorio. La poción mágica pronto surtió el efecto deseado sobre la bruja; había realizado el coito con el demonio y ahora se sentía volar. Entonces, viendo las muchachas vírgenes que estaban perdidas, comenzaron a maldecirlas; aunque sus gritos pronto quedaron ahogados, cuando un afilado cuchillo se hundió en sus tiernas carnes. El hígado —residencia del alma— y la médula, eran las partes que debían ofrecerse en honor a los demonios. También había que comulgar con una parte de los intestinos. Y así se hizo, después de que la sacerdotisa arrojara harina y sal sobre el fuego preparado y realizara la siguiente invocación:

"Ven, infernal, terrestre y celeste Seba.

Guía de la luz, rey de la noche, enemigo del Sol, amigo y compañero  
de las tinieblas;

Tú, que te alegras con el ladrido de los perros y con la sangre  
derramada, y andas errante en la oscuridad, cerca de los sepulcros,  
sediento de sangre.

Terror de los mortales, luna de mil formas, ampara mi sacrificio"

Sebastián entonces se dio cuenta de que a quien estaban invocando y ofreciendo el sacrificio sangriento era a él mismo. Curiosamente, ahora se sentía importante. En su interior había surgido un conflicto agudo a causa de sentimientos ambivalentes que luchaban entre sí por apoderarse de su voluntad.

Y como un flash, en un instante cambió todo el entorno; ahora se encontraba en un paisaje yermo, desolado, azotado por un fuerte viento y, aunque hacía mucho calor, todo el cielo estaba cubierto de nubes oscuras. Con él se encontraban aquellas mismas brujas de la caverna, desnudas aún. Entonces se dio cuenta de lo hermosas que éstas eran. Le pareció que sus labios estaban pintados de rojo, aunque él no pudiera percibir otros colores más que los de una escala de grises, pues toda la escena la percibía en blanco y negro. Pero, a pesar de su belleza, eran muy delgadas, casi famélicas. Y sin que él se lo esperara, la sacerdotisa que ofició la misa se le acercó y comenzó a lamer, con lascivia, todo su cuerpo.

Empezó a llegar gente y a acercarse, a mirar, pero a Sebastián no pareció importarle lo más mínimo; se encontraba muy a gusto con aquello que era nuevo para él. De entre el grupo de aquellas personas que observaban el morboso espectáculo, apareció un niño deficiente mental de unos ocho años que se acercó a la pareja y comenzó a reír; cada vez con más fuerza, y esto pareció contagiar a los demás miembros del grupo, que también comenzaron a carcajear. Sebastián empezó a sentirse incómodo cuando, por primera vez hasta entonces, fue consciente de la absurda, irreal y esquizofrénica escena de la que se sentía protagonista. De pronto se abrió en la tierra una fosa y el niño, sentado al borde de la misma, comenzó a echar tierra dentro de ella, con las manos; a continuación le imitaron todos los allí presentes. Sebastián sintió un agobio sofocante que le ahogaba cuando se dio cuenta de que la fosa era en realidad una tumba y que lo que aquella extraña gente estaba haciendo era enterrarlo vivo.

En ese momento la alucinación desapareció, y fue cuando salió de la cueva con paso vacilante. ¿Qué significaba todo aquello?, se había estado preguntando Sebastián. ¿Era una visión producida por el diablo, una especie de visión premonitoria? Así lo creía él.

El temor de Vicente se atenuaba a medida que el sueño, más poderoso que

todo otro sentimiento humano, lo iba venciendo. Hasta que se quedó dormido.

## V

La Luna se ocultó bajo el horizonte occidental y dio paso al día en el viejo bosque, sobre el que flotaba una ligera niebla matutina. El aspecto del cielo había cambiado, puesto que unas densas nubes, que amenazaban tormenta, lo cubrían casi en su totalidad e impedían la visión del Sol. Una atmósfera silenciosa y fantasmal se cernía en torno a los durmientes.

La leña se había consumido y sólo quedaban algunas brasas que se encendían con cada ráfaga de viento. Pero Vicente, que no había dormido bien, no se despertó hasta minutos después de las once, cuando el fuerte aire de poniente comenzó a soplar.

Al incorporarse y descubrir que su padre no se hallaba junto a él se extrañó, por lo que se levantó de un salto y comenzó a buscar a su alrededor. "¿Dónde habrá ido? Espero que no se haya introducido en el bosque, porque allí sería difícil buscarlo", se dijo. Y antes de que comenzara a gritar su nombre vio su cuerpo tendido entre dos árboles, a unos cien metros ladera arriba. Pero a su padre le ocurría algo; se hallaba en posición fetal, abrazándose las piernas y temblando. El niño corrió en su busca, pero cuando llegó hasta él comprobó que tenía los ojos cerrados y que no podía decir ni una palabra.

Tras varios intentos de levantarlo y darle ánimos, Vicente se dio de bruces con la cruda realidad; supo entonces que su padre no podría continuar. Parecía que estaba siendo víctima de una fuerte crisis emocional, y ni siquiera podía caminar. ¿Qué haría él allí sólo? ¿Hacia dónde iría? En esos momentos no merecía la pena, ni era juicioso tampoco, lamentarse por algo que no tenía solución. Debía aceptar la nueva situación: estaba solo, no había nadie a quien pedir ayuda y tendría que valérselas por sí mismo, fuera como fuera.

Vicente se dio cuenta de que ahora no podía —ni debía— permitir que el miedo lo inmovilizara y le impidiera intentar sobrevivir en aquel entorno. Tenía que pensar qué hacer en la delicada situación en la que se encontraba y sacar fuerzas de donde pudiera. Pero había que actuar rápido.

En lo primero que pensó fue en resguardar a su padre de la tormenta que se avecinaba y llevarlo hasta el refugio que habían hecho la noche anterior, que al menos le protegería algo de la lluvia. Si llovía y ellos se empapaban podrían coger una pulmonía con el frío y la humedad de la noche. Pero ni siquiera podía levantarse, así que tendría que llevarlo a rastras. Y ¿cómo lo arrastraría hasta allí, sin ayuda? Antes intentaría echarle agua fría en la cara para ver si eso le ayudaba a reaccionar. Así que decidió ir a por el odre en su refugio y llenarla de agua fresca del riachuelo.

Cuando recogía agua del borde de la ribera y miraba con desconfianza al cielo —que se había cubierto de nubes grises—, comenzaron a caer las primeras gotas de lluvia. En el preciso momento en que se disponía a regresar oyó unas risas lejanas que provenían de más allá de unas rocas situadas a unos cincuenta metros a su derecha, más allá del arroyo.

Animado por su innata curiosidad, y vislumbrando la posibilidad de poder conseguir la preciada ayuda que tanto necesitaba, se ajustó el odre en bandolera y se dirigió hacia los riscos que ocultaban las misteriosas voces humanas.

Al tiempo que corría, un creciente nerviosismo provocaba que su corazón palpitará con velocidad. Un cúmulo de pensamientos se agolpaba en su cabeza: probablemente aquella gente no estaba perdida y casi con total seguridad sabría el camino que debían tomar de regreso a casa. También tendrían abundante comida y abrigo. Además, serían personas generosas y hospitalarias. Llevarían mulas u otros animales de carga con los que transportar a su padre y, una vez en el pueblo, él mismo avisaría al médico para que lo curara. Sí, estaban salvados.

Mas cuando subía el escarpado risco, oyó una clara y dulce voz de mujer que cantaba, a modo de plegaria y al son de flautas y tamboriles:

“Ven, bienaventurado danzante, pleno del delirio y de la inspiración divina, que vives a la intemperie.

Propiciador de las fantasías y causante de los temores humanos por el espanto que infundes.

Cavernícola y colérico, que desvías la locura a los confines de la tierra.

Yo te invoco, atronador Iacchos, que lanza su ritual grito, primigenio, de dual naturaleza, transportado por los delirios báquicos.

Agreste, inefable y sagrado, oscuro e infernal, de taurina frente, que disfrutas con la sangre y la carne cruda.

Estruendoso y delirante, que vagas por los montes, biforme, belicoso, que se celebra con gritos de júbilo.

Cubierto de hiedra, adornado con racimos de uva y revestido de tiernas ramas.

Escucha mi voz, danos tu aprobación, con un corazón propicio, acompañado de tus nodrizas de hermosa cintura.”

Al fin llegó hasta la cima, desde la que pudo contemplar —a unos cien metros de distancia— a aquellas personas, actores de una escena que le dejó desconcertado: allí vio unas formas femeninas semidesnudas que danzaban en movimientos lascivos; riendo y bailando algunas; cantando y tocando instrumentos musicales otras; con coronas de hiedra sobre sus cabezas, en lo que parecía ser una fiesta. Pero lo que le causó una gran perplejidad fue contemplar a cinco de ellas comiéndose crudo, con sus manos, a un animal astado, como si de lobas se tratara. Agachadas junto a su presa, sus caras y brazos estaban chorreando sangre, y esa visión produjo en Vicente unas fuertes ganas de vomitar. ¿Quién era aquella gente? ¿A qué clase de dios invocaban?

Sobre todo, la visión de este acto salvaje fue lo que, en un primer momento, le retuvo de darse a conocer ante el grupo en busca de ayuda. Estaba indeciso. ¿Sería acaso gente peligrosa? ¿Debería regresar sin más y perder una oportunidad de salir de aquel bosque? Mientras transcurrían estos momentos de duda, y antes de que se decantara por hacer una cosa u otra, se dio cuenta de que se encontraba de pie sobre el montículo, al

descubierto. Y una de ellas ya lo había visto.

Entonces, aquella salvaje comenzó a gritar como una loca, con los ojos desorbitados y señalando con la mano en dirección a Vicente. La música y el baile se detuvieron en seco, y las que comían dejaron de hacerlo. Todo el grupo miraba ahora al intruso con ojos curiosos. Tras unos breves segundos de incertidumbre una de ellas se puso a correr, gritando, mientras iba en busca de un arco y unas flechas que había sobre unas rocas. A Vicente ahora sólo le importaba huir de allí cuanto antes.

En sus imprudentes prisas por bajar del enorme peñasco en el que estaba, Vicente cayó al suelo pedregoso, con tan mala fortuna de que se torció un tobillo. Ahora apenas podía correr; lo hacía cojeando, casi sin poder apoyar el pie derecho. Mientras trataba de huir de allí, aún oía los gritos de aquella gente, que se acercaba peligrosamente.

Pudo cruzar el arroyo sin demasiados problemas, y cuando llegó junto a su padre, lo encontró con las manos alrededor de sus piernas, sentado, con los ojos abiertos y mirando al frente, quién sabría qué.

—¡Corra, padre! —gritó el muchacho.

Pero, para su sorpresa, observó indignado cómo su padre agachaba la cabeza, juntaba sus manos en un gesto de penitencia y se ponía a rezar casi llorando:

—Soy un pecador impenitente; merezco el justo castigo de Dios. Lo aceptaré con resignación. Haré todo lo que Tú me pidas, en este mundo o en el venidero.

El niño insistió y lo cogió por las axilas e intentó levantarlo:

—Padre, son gente peligrosa; van armadas.

Su padre no atendía a razones; su única respuesta fue que estaba preparado y que lo dejara allí porque Dios le había abandonado, pero que Vicente aún podía salvarse del fuego purificador del Infierno.

En su fuero interno, Sebastián estaba seguro de que Dios protegería a sus fieles en cualquier situación de peligro en que se encontraran, y que nada negativo podría afectarles. Pero desde el día anterior no tenía nada claro si aún poseía su favor o si se trataba de un pecador sin posibilidad alguna de redención. Su orgullo le decía que aquello era un castigo de Dios; o si no, un buen momento para comprobar su posición ante Él, saliendo de allí ileso o muriendo en manos de unas paganas.

El chico miró con horror a la cabeza del grupo; una avanzadilla de dos mujeres ya estaba encima de ellos. Con resignación, Vicente vio cómo una de ellas cogía una piedra del suelo y se la arrojaba a su padre. Le dio de lleno en una pierna. El niño retrocedió unos pasos y comenzó a llorar desesperadamente, porque ahora temía de verdad por la vida de su padre. Tenía que huir de allí de inmediato si quería salvarse de aquella jauría humana. Así que se alejó, pero sólo hasta una distancia prudencial; porque no tenía la suficiente fortaleza como para dejarlo abandonado.

Desde su refugio contempló con horror la escena. El resto de cazadoras llegó al objetivo, como perras de caza, rabiosas y perturbadas. Y se lanzaron, veloces, sobre la presa humana, arrojándole piedras y golpeándole con ramas. El hombre parecía insensible a los golpes porque ni siquiera se quejaba, ocupado aún en sus plegarias. Una de ellas, como si de una sacerdotisa se tratara, comenzó el sacrificio: iba a proceder a desgarrar el cuerpo de Sebastián como antes hiciera con el venado.

—¡Compadézcase de él, por favor! —Vicente gritó a voz en cuello, con lágrimas en los ojos.

Pero ella, haciendo caso omiso, echaba espuma por la boca y giraba sus pupilas extraviadas, poseída por algún dios o espíritu maldito. Y, tomando por el codo el brazo izquierdo y apretando el pie contra el costado del infortunado, arrancó su hombro con una fuerza sobrenatural. Ahora sí, el hombre dejó de rezar.

—Ya está, ya está bien. Por favor, os los suplico, dejadle vivir — fueron los clamores inútiles de Vicente.

Entre tanto, otra salvaje trabajaba desgarrando las carnes, mientras la tropa entera se le echaba encima, lanzando al aire gritos de victoria. Su cuerpo era desnudado y destrozado: una se llevaba un brazo; otra los pies junto con las botas; y todas ellas, con sus manos ensangrentadas por el crimen.

—¡Parad ya, por favor! —el muchacho lloraba amargamente, como si no se hiciera a la trágica idea de que su padre ya estaba muerto.

La mujer que inició el desmembramiento continuó con el ritual: ahora tenía que comulgar con su salvaje dios, comer parte del cuerpo sin vida. Vicente no podía mirar aquello, por lo que se dio la vuelta y, gimiendo, intentó alejarse de aquel lugar horrendo. Así que ni siquiera pudo

contemplar cómo el resto de la cuadrilla tomaba parte en el festín.

Vicente corría todo lo rápido que le permitía su pie herido, dirigiéndose hacia el interior del bosque, donde pensó que sería más fácil esconderse; allí esperaría hasta que se alejaran. Notó con cierto alivio cómo los aullidos del grupo se atenuaban a medida que la distancia aumentaba. Un poco más y llegaría hasta los matorrales y el bosque denso, entre cuya vegetación podría ocultarse. Pero, cuando comenzaba a adentrarse en la espesura y pensaba que pronto estaría a salvo, una certera flecha se le clavó en su pierna izquierda; no se había percatado de que una experimentada cazadora le había estado siguiendo. Aún pudo dar varios pasos más, cuando otra flecha impactó en su glúteo izquierdo. Ahora apenas podía caminar con las dos piernas, casi inútiles.

El niño cayó al suelo, jadeante, llorando de dolor y de pena. Se giró hacia su verdugo, que venía caminando, tranquila, consciente de que su presa no tenía salida. Vicente, aterrorizado, vio con sus ojos tristes cómo — con una tranquilidad y una frialdad pasmosa— la mujer cargaba otra flecha, apuntaba su arco hacia él y, sin piedad alguna, la disparaba en su vientre. No fue necesario usar más; la depredadora sólo tenía que inmovilizar a la víctima, atemorizada por el dolor y por la pérdida de sangre, y más preocupada en intentar detener la hemorragia que en defenderse de su captor.

La fuerza sobrehumana en las manos, brazos y mandíbulas de estas jóvenes y fervorosas creyentes drogadas, cazadoras de animales y hombres, hacía innecesario el uso de armas afiladas para descuartizar a sus presas, a las que daban caza sólo con flechas. Presa como había sido ahora el joven Vicente, quien tenía la certeza de que ya no regresaría a casa para estar con su madre y su hermana. Y sabía que nunca más podría leer las historias que leía en los libros que le prestaba su profesor preferido —don Julián— y que tanto le gustaban. Ni podría jugar con su amigo Esteban, el amigo “rarito” que no agradaba a su padre porque decía que su madre era una bruja. Sólo sabía que moriría como él y que, quizás —si Jesús lo quería—, se volverían a reunir en la otra vida, en la ciudad de luz, tras cruzar el río de aguas cristalinas. Pero esta vez, sin palizas.

Así que se puso a pedirle a Dios, entre sollozos, que le perdonara las cosas malas que hubiera hecho en su corta vida —que él pensaba que eran

muchas—; y que le perdonara también sus dudas en la fe por leer demasiados libros; y por quedarse dormido durante la misa de los domingos.

La lluvia había arreciado y diminutos lagos y ríos de agua mezcladas con sangre se esparcían por aquel bosque maldito, un día de finales de octubre de un año indeterminado. A doscientos metros de distancia, un rayo rompía en dos el tronco de una vieja encina. Y a muchos kilómetros de allí, y a otros tantos años en el futuro, un grupo de aldeanos buscaba a Sebastián —zapatero de profesión— y a su hijo Vicente —el chico rubio de ojos grises como el mar agitado—, que el día anterior habían ido a coger setas por los montes de la comarca de Sobrarbe.

# ROJO

*El sueño es la puerta más pequeña para  
penetrar en el santuario más recóndito y profundo  
del alma.*

**Freud**

Mi nombre es Roy, o al menos así es como me llama Raquel Howard, esa muchacha de ojos verdes y guapita de cara que conocí hace veinte años. No es que me enorgullezca de ello, pero Raquel siempre hace lo que le ordeno; incluso me llama así porque le exigí que lo hiciera. Lo elegí especialmente para ella, porque me gusta la forma en que pone los labios cuando pronuncia esa palabra: Roy. Diréis que es una vil muestra de prepotencia, pero el caso es que Raquel también disfruta con lo que le pido. Os puedo asegurar que yo la conozco mejor de lo que ella se conoce a sí misma; sé todo lo que le agrada, lo que detesta, lo que le conviene, conozco cada minúsculo rincón de su cuerpo y cada uno de sus oscuros pensamientos. Lo reconozco; esa chica me tuvo obsesionado. ¿Y qué? Podéis decir que yo también padezco los típicos defectos de un hombre simple y de mente débil.

Desde el veinticinco de enero de este año, día en que la vio por primera vez, el cretino del doctor Steiner lleva un mes tratándola, y la muy zorra lo está largando todo. En privado él comenta con sus colegas que se trata de un caso complicado, que escapa a todo lo que ha visto en sus años como médico, y para el que aún no ha encontrado una explicación satisfactoria. Sin embargo él insiste y, sólo porque es un afamado psiquiatra en Berna, cree que logrará algo con ella. ¡Pero será iluso!

Aunque ya me he cansado; después de todos estos años he decidido dejarla. Hay varias razones: supongo que la he desmitificado, por sus tonterías y su debilidad, y también porque soy un yonqui del amor y la belleza. ¿Por qué la belleza ha de ser tan efímera, volviéndose por ello dolorosa? Es ahora cuando vuelvo a sentir urgentemente la necesidad de la cercanía y el roce de la tersa y suave piel de una hermosa muchacha joven y de boca bonita. Poco me importa en este momento lo que esto pueda

significar para la salud mental y física de Raquel, que cumplió los treinta y seis hace dos semanas. La pobre depende tanto de mí que estará perdida cuando me vaya y nadie podrá hacer nada para salvarla. Supongo que terminará saltando por una ventana, o cortándose las venas; ya lo he visto en otras ocasiones.

A continuación figura la transcripción del diario de sesiones del doctor Johan Steiner, junto con algunos de sus comentarios intercalados entre los diálogos que mantuvo con la paciente, y partes de su diario personal.

*Viernes, 25 de enero de 1957. Sesión preliminar*

La señorita Howard ha sido hospitalizada y tratada en diferentes ocasiones, sin éxito hasta la fecha. Ha llegado a mí aquejada de un cúmulo de síntomas que indican que apenas puede funcionar en su vida diaria. Éstos incluyen jaqueca, fatiga física, falta de concentración y trastorno bipolar. Durante los episodios de manía la invaden deseos compulsivos de tener relaciones sexuales con desconocidos, sin que ella tenga una razón consciente en particular.

La paciente dice estar divorciada y ha comentado que sus síntomas comenzaron poco después de casarse con un joven militar, llamado James, hace cinco años. En estos momentos vive con su hermano Joseph en una casa alquilada, y trabaja como camarera de forma esporádica. Toda la familia de su padre, de nombre Stephen, procede de Gales; él ejerció como profesor en una escuela de educación básica en Lladrindod Wells durante bastante tiempo, aunque se suicidó cuando RH tenía 16 años. Poco después, su familia vino a vivir a Suiza. Su madre es española, ama de casa y lleva el mismo nombre de la paciente. De la época de su niñez y juventud, RH apenas recuerda nada, sólo detalles fugaces. Esto me hace sospechar que, durante esa época, pudo ocurrir algo que le produjo un choque emocional, y que provocó que olvidara aquellos años de su vida.

*Miércoles, 6 de febrero de 1957*

Tras varias sesiones con la paciente, y sin observar avance alguno, he decidido practicar con la hipnosis regresiva.

*—Quiero que imagine que va caminando por un bosque. Es una*

*soleada tarde de primavera. Una suave brisa acaricia su rostro y mueve sus cabellos. La luz del sol se filtra a través de las ramas y las hojas de los árboles. Puede oler el aroma a flores silvestres que hay a su alrededor y escuchar el trinar de los pájaros, mientras se va acercando a un claro del bosque. Allí ve una laguna. Se acerca a su borde y contempla el agua clara y cristalina. Ve su rostro reflejado en ella y un sentimiento de paz y tranquilidad le invaden por completo. Su cuerpo se relaja y se siente cada vez más cansada y pesada. Cuando cuente hasta cinco llegará a un estado de profunda relajación...*

*—¿Cómo se siente ahora?*

*—Triste.*

*—¿Por qué se siente así?*

*—No lo sé. No me fío de nada ni de nadie; ni siquiera de mí. Quiero morirme y así olvidarlo todo.*

*—Tranquila. Ahora imagine que está frente a una puerta blanca y que, cuando la atraviese, irá a otro instante de tiempo y a otro lugar. Quiero que la abra, que cruce el umbral y que retroceda a un momento en que aún estaba casada con James... ¿Qué estáis haciendo ahora?*

*—Discutiendo. Él me grita.*

*—¿Hace algo más?*

*—No. No quiero que me toque.*

*—¿Y por qué no desea que él haga eso?*

*—Tengo miedo. Discutimos porque él quiere acostarse conmigo. Y yo no quiero.*

*—¿Por qué no quiere? Él es su marido.*

*—No lo sé. Hay algo dentro de mí que me lo impide.*

Entonces la paciente comenzó a agitarse y a sudar mucho. Y se mordió la mano, por lo que tuve que interrumpir la sesión. Cuando despertó se ha sentido algo desorientada, ha preguntado qué había ocurrido, y no ha recordado nada de lo revivido. Un vaso de agua le ha aliviado algo. Continuaremos con las sesiones otro día.

*Lunes, 11 de febrero de 1957*

*—Al igual que la vez anterior, quiero que atraviese la puerta blanca y retroceda en el tiempo, justo antes de la discusión que tuvo con James...*

*¿Dónde está?*

—En la cocina, preparando la cena.

—*¿Está sola?*

—Sí. James aún no ha llegado a casa.

—*Señora Howard, ahora me interesa saber qué es eso que tiene dentro que le impide que mantenga relaciones sexuales con su marido. Quiero que fije su atención en aquello que le oprime el alma y que no le deja ser tal y como es.*

La paciente se puso inquieta y tardó en contestar. Insistí varias veces y, después de unos minutos, se calmó. Al fin respondió:

—Es algo... rojo, y está enfadado.

—*¿Cómo es? Descríbalo mejor.*

—Es grande, pero no tanto como yo. Tiene patas largas, con ventosas en los extremos. Me tiene bien sujeta.

En este punto de la sesión la paciente estaba a punto de llorar, con los puños cerrados. Continuó hablando pero con notable esfuerzo:

—Las dos patas delanteras están alrededor de mi cuello. Y cubre mi espalda, hasta las caderas. Se alimenta de la sangre de mi cerebro, como un vampiro. Sí, es un vampiro. Le gusta mi sangre.

—*¿Por qué cree que le gusta su sangre?*

—Porque es roja. Y porque, cuando tiene hambre, me absorbe energía a través de ella. Cada vez que come, me siento débil y confusa. Tiene colmillos afilados y me muerde en la cabeza, lo que me provoca mucho dolor.

—*¿Qué otras cosas le gustan?*

—Tiene predilección por el color rojo. También le gusta que fume, que tome sedantes y todo tipo de drogas. Me empuja a que me acueste con muchos hombres. Y que me separe de James.

—*¿Esa cosa tiene nombre?*

—Sí. Se llama Roy.

—*¿Por qué quiere Roy que se aleje de James? ¿Acaso reacciona mal cuando tenéis relaciones sexuales?*

—Roy dice que le pertenezco. Disfruta cuando lo hago con desconocidos, cuando hay varias personas o mucho alcohol. Pero si se trata de gente que me importa, como James, entonces siento pánico y no puedo

hacer el amor. Creo que lo que quiere es que yo sea su amante, pero que sea suya a través de muchas manos. Así se siente poderoso.

—*¿Qué más cosas le dice?*

—Cosas sucias. Dice que soy una guarra por acostarme con desconocidos. Que ni siquiera sabe por qué le gusto y malgasta su tiempo conmigo. Y que, si no fuera porque me paso la vida rogándole que se quede, se habría ido. ¡Pero yo nunca le pedí que se quedara! Creo que disfruta viéndome asustada. A veces me pregunta: “¿Qué tienes ahí abajo, entre las piernas, Raquel Howard? ¡Anda, enséñamelo!” Muchas veces me llama por mi nombre y apellido, como si no me conociera. Pero me conoce demasiado bien; sabe todo lo que me gusta y lo que me da miedo. Y otras veces me llama “Mi preciosa putita de ojos verdes”.

Las lágrimas de la paciente corrían por su mejilla.

—*¿Desde cuándo la llama así?*

—Desde hace mucho tiempo.

*Miércoles, 13 de febrero de 1957*

Hoy ha tenido lugar mi primer encuentro con la personalidad a la que RH llama “Roy”. Y he de reconocer que la conversación me ha causado tal grado de confusión y perplejidad que creo que tardaré mucho tiempo en olvidarla.

—*Raquel, ¿está Roy ahí con usted?*

—Sí, siempre está.

—*Bien. Ahora quiero hablar a solas con él, pero luego seguiré con usted. ¿De acuerdo?*

—Sí.

—*Roy, soy el doctor Steiner y quiero hacerte unas preguntas.*

La expresión de la paciente cambió por completo y, tras una larga pausa, comenzó a balbucir palabras ininteligibles. Seguí insistiendo y, al fin, arrancó a hablar con una voz grave y profunda, como si se hubiera pronunciado desde el fondo de un pozo.

—Te conozco.

—*¿Por qué le estás haciendo esto a Raquel? ¿Quieres algo de ella?*

La paciente siguió hablando con el mismo tono. Es curiosa la extensión y la forma tan clara y elocuente del discurso que discurrió:

—Busco el placer inmediato; eso es lo que me mueve, y por ello existo. Raquel ha sido un instrumento de goce para mí; la he usado y me he aprovechado de su cuerpo y de su mente. Me ha gustado estar aquí, viviendo con la guarra de Raquel. Pero se ha convertido en una casa vieja y ya va siendo hora de irme; he visto otro hogar que de seguro será muy confortable. Tú, que eres un ridículo ignorante, no puedes entenderlo, porque no posees la misma esencia que yo. Y tampoco puedes participar de mi grandeza, ni experimentar lo que yo soy capaz. Vosotros los humanos tenéis unos sentidos que son paupérrimos, desesperadamente limitados; basáis casi todo lo que hacéis en el sexo, cuando vuestros orgasmos no son más que nimios cosquilleos en la entrepierna. Aparte de que la vida que vivís es demasiado corta y, para colmo, está llena de frustraciones. Debido a vuestra limitada existencia evitáis mirar de frente a la muerte, a la que tanto teméis, y os embarcáis en una ciega y frenética carrera por el poder y por obtener posesiones materiales con el único propósito de olvidar ese momento certero. ¡Qué vida más patética lleváis! Me dais pena. ¡Desgracia humana, de los terrores que me he librado! Yo, sin embargo, soy un ser libre en su totalidad. ¿Sabes que puedo hacer con Raquel lo que se me antoje?

Es extraordinaria la vehemencia con que la paciente pronunció estas palabras; incluso se puso en pie, abrió los ojos e hizo ademanes con las manos.

—*¿Qué tienes pensado hacerle a Raquel?*

—Preguntas y más preguntas. ¿Qué le ocurre a un gorrión cuando la madre abandona su nido? Ya que eres tan pesado, te diré que Stephen Howard me ha dado un mensaje para ella.

—*¿Un mensaje de su padre? ¿Sabes que está muerto?*

—Por supuesto.

—*Bueno, ¿y qué dice ese mensaje?*

—*“Aquí hay un asiento reservado para ti, querida”*

—*¿Por qué quieres matarla, Roy? ¿Esto lo sabe ella?*

—¿Es que sólo sabes hacer preguntas? A la primera cuestión te diré que se obtiene un inmenso placer causando dolor. Claro que, como eres un reprimido y un cobarde, ni siquiera lo has probado ¿verdad? Y la respuesta a tu segunda pregunta es no. Te diré una cosa, matasanos: eres tan

ignorante y tan ingenuo que supones que ahora estás hablando con una parte inconsciente de Raquel. Porque eso es lo que te han enseñado en la Universidad. ¿Verdad, sabelotodo de pacotilla? Tú y tus ridículas teorías sobre la represión sexual de Freud y las pajas mentales de tu compatriota Jung, que no te llevarán a ningún lado. Todo eso es pura basura. El mundo aún no está preparado para alguien como yo. En ningún manual de psiquiatría, filosofía o religión se explica cuál es mi naturaleza, por qué existo, de dónde procedo ni adónde voy. Yo te daré una prueba, hombre incrédulo, de que soy real y tengo autonomía propia. Recuerda este nombre: Daniella Lagouarde.

—*Ya que soy tan ignorante, ¿por qué no me instruyes, Roy? ¿Cuál es tu naturaleza?*

—No soy ni una fuerza ni una energía; estoy en la frontera entre lo material y lo mental, y me alimento de las emociones. Existo desde tiempos inmemoriales, muchos siglos antes de que Raquel o tú vierais la luz del mundo. En el principio era un ser tímido, débil y alejado de la humanidad, que me ocultaba entre las sombras de los bosques frondosos. Pero después descubrí que se estaba mejor entre vosotros; porque con el tiempo me he fortalecido con esa sustancia especial de la que están hechos vuestros sueños, eso que llamáis sentimientos, y que tanta vitalidad me dan. Sobre todo de cierto tipo de personas.

—*¿Personas como Stephen, el padre de Raquel? ¿Lo conociste bien?*

—Averígualo tú mismo, seguro que puedes.

—*¿Qué sabes de mí?*

—Muchas cosas.

—*¿Como cuáles?*

—*¿Qué le pasó a tu mujer el catorce de abril de 1952?*

Un escalofrío me recorrió el cuerpo de pies a cabeza al escuchar estas últimas palabras, pues tengo la absoluta certeza de que la paciente no podía saber la fecha de la muerte de mi esposa, ocurrida en un trágico accidente automovilístico. En ese momento di por finalizada la sesión, aún temblando por la impresión.

Es curiosa esta personalidad llamada "Roy". He visto con anterioridad otros casos de trastornos de identidad disociativos, pero nunca tan drásticos como éste; la seguridad y el ímpetu que transmite en sus afirmaciones, y la

actitud arrogante, despótica y sádica de esta cara oculta de RH es inquietante y me ha dejado profundamente impresionado. Sé que parece una locura, pero incluso me ha hecho dudar si se trata de una entidad independiente. El caso es que intuyo que buena parte del origen del trauma proviene de la relación con su padre, así que en la próxima sesión trataré de ahondar en ello.

Me preocupan las tendencias suicidas que puedan surgir en la paciente, así que le he dado unos tranquilizantes, le he aconsejado que evite estar sola durante los próximos días y la he despedido hasta la siguiente sesión.

*Viernes, 15 de febrero de 1957*

*—Bien señora Howard. Ahora quiero que busque en su interior y vaya a ese instante en el que Roy o alguna otra presencia extraña entró dentro de usted... ¿Qué edad tiene, y qué hace?*

*—Tengo dieciséis años. Estoy en un cementerio. Es un momento muy triste. Mi madre y mi hermano están junto a mí. Noto, veo algo... algo rojo que ha salido de la fosa. Y ahora siento que esa cosa se está metiendo dentro de mí! Me resisto, pero no puedo con él.*

*Entonces se agitó con movimientos convulsivos.*

*—Calma, calma, no pasa nada. ¿Sabe a quién están enterrando?*

*—No, no lo sé.*

*—¿Dice algo su madre o su hermano?*

*—No. Están llorando. Y yo también... ¡Papá, papá!*

*La paciente comenzó a gemir.*

*—¿Cómo ha muerto su padre? ¿Qué le ha pasado?*

*—No lo sé. Dios se lo ha llevado.*

RH se emocionó mucho y no ha dejó de llorar, por lo que la he despertado y he dado por terminada la sesión. Ahora creo que existe una clara conexión entre Roy y su padre.

*Jueves, 21 de febrero de 1957*

*—Vuelva a visualizar el estanque y su reflejo en las aguas cristalinas. Su cuerpo se siente relajado y muy pesado... Ahora quiero que vaya a un momento importante de su vida, cuando era una niña y estaba con su*

*padre. Vamos, busque.*

—Estoy en la feria del pueblo. Es por la tarde y hace calor. Hay mucha gente por todas partes. Estoy contenta; mi padre me ha comprado un algodón de azúcar. Se lo he pedido yo, porque nunca antes lo había probado. Y está muy rico. Ahora me levanta, y me sube hasta sus hombros. ¡Todo se ve tan diferente desde ahí arriba! Me siento feliz cuando estoy junto a él.

La paciente mostró una amplia sonrisa en su boca; ahora sí que parecía dichosa. Fue un momento feliz de su infancia, pero no es eso lo que busco.

—¿Conoces a alguien que se llame Roy?

—No.

—*Bien, ahora va a ir a otro momento importante de su vida relacionado con su padre, pero posterior. Describa ese instante.*

—Tengo diez años. Es por la tarde, y estamos en una casa de campo, solos. He ido a pasar el fin de semana con él. Está sentado junto a una mesita, sorbiendo un polvo blanco por la nariz... Hay cortinas rojas por toda la habitación. Las sábanas también son de color rojo.

Lo que ocurrió aquel día en esa habitación, caracterizada por el color rojo, es previsible; aquella tarde se produjo el primer abuso sexual de una larga serie que se prolongó durante los siguientes seis años. Según pudo recordar la paciente más tarde, lo quería mucho, pero a raíz de aquel suceso, su padre le producía sentimientos ambivalentes. Ella se sentía confusa.

Posteriormente la madre se enteró de lo que ocurría y terminó dejándolo. Stephen, atormentado por lo que había hecho y por las consecuencias que sus actos habían acarreado, se pegó un tiro. Los siguientes meses a su muerte, fueron momentos de mucho dolor para Raquel; no se le permitía llorar delante de su madre porque ella lo odiaba y ahora sentía un gran alivio por su muerte. Desde entonces, un velo ha cubierto la memoria de aquellos días terribles.

*Viernes, 1 de marzo de 1957*

Ha ocurrido lo que me temía. Me extrañó que RH faltara a las citas que teníamos fijadas, así que hace un par de días la llamé para comprobar

si se encontraba bien. Lo que me contó su hermano me dejó helado: ella se había quedado en casa; sentía fuertes punzadas en la cabeza y estaba muy cansada. Cuando Joseph volvió de su trabajo, se encontró con una escena horrible: el cuerpo de Raquel estaba en la bañera, sumergida en agua de color rojizo. Al verla supo lo que había ocurrido y, rápidamente, la llevó al hospital más cercano. Afortunadamente, no había perdido demasiada sangre y pudieron hacerle una transfusión. Ahora se encuentra fuera de peligro, aunque no dejó de pensar en la conversación que mantuve con la personalidad llamada Roy acerca de sus intenciones hacia ella. Hoy he ido a verla y me ha dicho, esbozando una sonrisa, algo gratificante: "Por fin, doctor. Ya se ha ido". Este intento de suicidio durante una de sus fases depresivas es posible que se repita por lo que, a partir de ahora, deberá estar en vigilancia constante.

*Domingo, 10 de marzo de 1957*

Una noticia en el Berner Zeitung de hoy me ha dejado estupefacto y seriamente afectado durante todo el día, no sólo por el hecho dramático en sí, sino por el profundo significado que tiene en relación con el caso de RH. Apenas si podía dar crédito a las palabras escritas en sus páginas, por lo que he tenido que leerlo varias veces. (Sigue un resumen del artículo.)

### TRÁGICO SUICIDIO EN Belpstrasse

"A las 9:30 de ayer una joven de catorce años y vecina de la ciudad de Berna, llamada Daniella Lagouarde, se lanzó al vacío desde una azotea a la altura del número 23 de la calle Belpstrasse. La chica murió en el acto, en lo que parece ser un acto de suicidio. Algunos transeúntes que pasaban en ese momento por el lugar pudieron ver cómo el cuerpo desnudo de la joven caía desde la azotea del edificio.

El estudio forense también ha revelado que su cuerpo recibió profundos cortes de arma blanca en los pechos, antebrazos y piernas, con antelación a la caída.

Aún se desconocen las razones que condujeron a la joven al suicidio. Pero a los medios de comunicación ha trascendido que, minutos antes de su muerte, la niña había sufrido un ataque de locura; se encontraba

tranquilamente en su casa cuando, de repente, su madre advirtió horrorizada cómo su hija corría desde la cocina con un cuchillo en la mano y salía por la puerta de la casa, gritando estas enigmáticas palabras: "¡Esa cosa roja me persigue! ¡Esa cosa roja me persigue!".

La madre fue incapaz de hacer nada para detenerla y, cuando llegó hasta la azotea, sólo pudo contemplar con impotencia cómo su hija se producía las heridas en su cuerpo desnudo, mientras profería unos alaridos espantosos. Y, a continuación, se arrojaba a la calle.

Toda su familia y sus amigos están consternados y muy sorprendidos con lo ocurrido puesto que no esperaban algo así de una niña alegre y ejemplar, que además era buena estudiante y no tenía problemas importantes con nadie.

En este momento me hallo abatido y apesadumbrado, porque a la misteriosa muerte de Daniella no le encuentro ninguna explicación convincente, a menos que dicha explicación sea irracional. Roy mencionó su nombre, como prueba de su existencia real. Pero me considero una persona científica y práctica; rehuyo de las supersticiones y, por supuesto, no creo en fantasmas. Así que se me hace difícil aceptar una justificación sobre lo ocurrido que se sale del ámbito de lo cotidiano; porque, ¿cómo puedo admitir que una entidad inteligente, invisible, oscura y cruel, pueda existir de forma independiente desde hace siglos? No sólo eso, sino que además hubiera estado viviendo en el interior de Raquel a modo de parásito vampírico y poco después se haya introducido en el cuerpo de otra inocente, provocando su suicidio. Esta es una posibilidad que de sólo pensarla me hace estremecer y me produce ansiedad, puesto que de ser cierta, en estos momentos no hay nada que me aterrice más que el hecho de que Roy siga suelto y vuelva a actuar.

# ARSAHUAYA

*La razón es la última corteza de la mente humana,  
pero debajo de ella se esconden terrores sin nombre.*

**Freud**

## I

Cuando era niño una de las preguntas que con más frecuencia me hacía era: ¿qué son las estrellas? Recuerdo que por entonces sufría terribles pesadillas y, como medio para postergar el momento de irme a dormir, solía quedarme hasta altas horas de la madrugada en el jardín de mi casa observando el cielo estrellado. Allí me había construido un pequeño fuerte, con palos y tablones, que usaba a modo de refugio y observatorio astronómico. ¿Cómo se llamará aquel grupo de siete estrellas formando un pequeño y gracioso signo de interrogación? ¿Vivirá alguien allí arriba? Por entonces, la escasa iluminación del pueblo en el que vivía permitía disfrutar de todo el esplendor celeste.

Fue durante uno de aquellos años cuando conocí a Marcos Sandoval. Vivíamos en el mismo pueblo y, como por ese tiempo compartíamos aficiones similares, pronto surgió entre nosotros una gran amistad. Tras estudiar ciencias químicas, su atención principal se dirigió al estudio de los principios activos de las plantas a las que los chamanes consideran sagradas, así que era habitual que desapareciera durante algún tiempo para perderse en alguna remota selva de Sudamérica.

Hace unos años, surgió en mí un fuerte interés por los mitos y creencias religiosas de otros pueblos, por lo que, cuando me era posible, me desplazaba a algún exótico y lejano país. No era infrecuente que, debido a nuestros intereses afines, Marcos y yo viajáramos juntos, como el viaje que hace unos cinco años hicimos al Tíbet. Allí quedamos fascinados por las supersticiones y la concepción del mundo que tenían los lamas tibetanos, de los que se decía que, mediante un entrenamiento constante en el arte de la meditación y la visualización, podían llegar a materializar objetos y seres a

voluntad. Entonces aprendí a meditar y, durante un tiempo prolongado, estuve utilizando las mismas técnicas con vistas a conseguir lo que de ellos se afirmaba, aunque sin éxito alguno. A pesar del intento fallido, aquello sirvió para que tomara la meditación como una sana costumbre diaria, que me producía una serenidad y paz mental como no había tenido antes.

## II

Un día, tras volver de uno de aquellos viajes de investigación que acostumbraba hacer en solitario, Marcos me llamó entusiasmado para decirme que había descubierto algo que me interesaría, y que le había costado conseguir, pero que, al final, lo traía consigo. Al decirme aquello, inmediatamente pensé que se trataba de alguna hierba o poción mágica, pues conocía la disposición de Marcos por experimentar lo que veía hacer a los chamanes durante sus ritos mágicos; como aquella vez que estuvo en México, donde tuvo su primera experiencia psicodélica con hongos. Y en efecto, en eso consistía; pero para mi sorpresa, me dijo que había conseguido extraer su principio activo y lo había potenciado en el laboratorio. Y se sentía impaciente por mostrarme su secreto.

Por naturaleza, Marcos era impulsivo y audaz en todo aquello que se proponía. Había logrado describir la estructura molecular de la quinina y tenía una brillante carrera en una compañía farmacéutica. Y ahora, gracias a sus conocimientos de química, había conseguido potenciar los efectos nootrópicos de una planta procedente de una remota región y me impelía a reunirme con él. He de reconocer que, en cierto modo, le envidiaba. Así que, durante todo el tiempo que restó hasta la cita, no hacía otra cosa que preguntarme cómo lo había conseguido, pero sobre todo, qué efectos tendría sobre la mente humana.

Quedamos en vernos en mi tranquila casa de campo y, cuando llegó a la cita convenida, comenzó a hablar precipitadamente, como hacía siempre que algún tema le apasionaba:

—En un principio pensé que sólo se trataba de leyendas, de historias fabulosas, pero tenía indicios para sospechar que debía haber parte de verdad detrás de todo aquello. Había algo en mí que me decía que tenía que

existir. Ya sabes cómo soy, tengo esa especial intuición... —dijo esbozando una sonrisa pícaro.

—Es la mítica *arsahuaya*; sus hojas contienen una sustancia diferente a todo lo que he probado —continuó de manera enigmática mientras extraía del bolsillo de su chaqueta una bolsita de cuero—. Según los brujos que la conocen es un regalo enviado por los dioses, y muy poderosa. Pero lo mejor de todo es que sus efectos duran tan sólo unos minutos —siguió diciendo mientras abría la bolsita y volcaba parte de su contenido sobre la palma de su mano.

—¿Cuán poderosa es? Es decir, ¿crees que esto servirá para ampliar el poder de visualización? —pregunté mientras inspeccionaba, de cerca y con ojos curiosos, lo que Marcos me mostraba.

—Así es, y por eso he venido. Posee una interesante propiedad que te va a venir muy bien para las técnicas de meditación que has estado utilizando. Allí fuman sus hojas para comunicarse con entidades desencarnadas y con sus guías espirituales. Dicen que cada chamán debe crear mentalmente el suyo propio para que, en futuros viajes al otro lado, el guía le de consejos útiles, le ayude a encontrar objetos perdidos y a sanar a los enfermos de la tribu. También le ayuda a no perderse en los laberintos que hay en el más allá y a evitar a los demonios que aguardan en cada rincón. Me contaron que la gente del pueblo en ocasiones ve a esos guías espirituales vagando por el poblado durante días, para desaparecer súbitamente poco después. Lo que te he traído es un fuerte disociador de la personalidad y tiene una potencia visionaria multiplicada unas cincuenta veces su poder natural. Estoy seguro de que no existe en el planeta ningún enteógeno tan potente como éste.

—Lo que estás es loco —dije sonriendo con ironía—. Pero todo lo que has conseguido es impresionante, Marcos. Quizás usando las técnicas de visualización que aprendí y esto... obtengamos por fin algo interesante. ¿Lo has probado ya? —pregunté.

—Aún no. Pensaba hacerlo aquí, contigo —respondió.

—Déjame a mí primero —sugerí mientras me dirigía a por un bong que tenía guardado en un mueble, con una pequeña cantidad de diminutos fragmentos de hojas. Marcos estuvo de acuerdo.

En aquel momento nos pareció que la cantidad escogida era suficiente para una primera toma y, aunque sabíamos que nos enfrentábamos a algo desconocido, nuestro afán por abrir las puertas de la percepción y conocer los rincones ocultos de la mente era mayor que el peligro potencial que siempre acecha cuando uno intenta desentrañarlos.

Tras varias inhalaciones profundas del extracto concentrado, me tumbé de espaldas, con los ojos cerrados, en la cama de la habitación en la que nos encontrábamos. El principio activo no tardó en hacer efecto.

Pronto me di cuenta de la facilidad que tenía para visualizar objetos en mi mente con —lo que yo llamaría— “calidad fotográfica”; no sólo con los ojos cerrados, sino también abiertos. Podía ver con claridad cualquier cosa que imaginara como si estuviera allí mismo, incluso podía percibir su textura: personas, montañas, árboles, nubes, cuevas, animales salvajes, muchas de ellas relacionadas con aspectos primitivos de la naturaleza que surgían sin una intención consciente.

Mientras, una agradable sensación de paz invadía mi cuerpo y, con cada latido de mi corazón, fluían oleadas de un profundo sentimiento de serenidad que recorría todo mi ser. Así durante lo que me pareció una dulce eternidad...

### III

De repente, un grito de Marcos me sobresaltó e hizo que me levantara de un salto en la cama. Al abrir los ojos, los efectos de la droga parecieron desvanecerse de inmediato.

—¡Mira, ahí, detrás de ti! —gritó alterado apuntando con la mano— ¡Ha aparecido de la nada!

—¡Por Dios santo! —exclamé tras girarme hacia donde señalaba y ver lo que allí había.

—¿Qué demonios es... eso? —balbuceé mientras retrocedía.

Ahí estaba esa criatura monstruosa, de pie frente a mí, inmóvil y observándome, impasible. Nada semejante a lo que yo me había esperado que apareciera en el experimento mental; de unos dos metros de altura y mitad humano, mitad bestia, lo que más destacaba de su silueta eran las imponentes alas de murciélago plegadas sobre la espalda. Aquel ser

sinistro parecía ser una perfecta simbiosis entre un sátiro y una gárgola, cual ser mitológico de épocas remotas. Su cuerpo, desnudo y musculoso, dejaba ver un enorme falo erecto y estaba envuelto, de cintura para abajo, en una espesa capa de pelo rojizo; sobre todo sus patas, gruesas y semejantes a las de una cabra. Su rostro, cubierto de una larga barba, resultaba grotesco, con cejas y pómulos prominentes, una nariz chata, orejas puntiagudas como las de un zorro y un par de protuberancias sobre la cabeza a modo de incipientes cuernos. Y sin embargo, en su expresión había algo de tristeza y compasión. Un extraño olor acre y nauseabundo invadió toda la estancia.

Entonces resonó en toda la habitación una voz —que no me pareció que procediera de su boca, cerrada en todo momento—, profunda y desprovista de inflexiones, como si la persona que hablara no estuviera acostumbrada a pronunciar palabras; y exclamó:

—A tus órdenes, padre...

Y en ese momento sus ojos se humedecieron y dejaron caer lo que me pareció una lágrima, mientras inclinaba su cabeza hacia un lado y extendía sus brazos hacia mí con las palmas hacia arriba, como en un acto de sumisión.

Yo no podía dar crédito a aquel espectáculo demoníaco. ¿Qué significaba todo aquello? Entonces tuve la terrible impresión de que un poder misterioso estaba actuando sobre el entorno; los objetos de la habitación adquirieron una tonalidad extraña, con colores vibrantes, como si estuvieran ardiendo. Parecía que una energía maléfica hubiera surgido desde las profundidades del mismísimo infierno para apoderarse de todo lo que nos rodeaba. Una fuerza que me hechizó, puesto que no pude soltar palabra alguna. Es más, me hallaba inmovilizado e incapacitado para huir o realizar cualquier acción.

Pero esta incapacidad desapareció a los pocos segundos, cuando ocurrió algo inesperado; en un momento, Marcos me agarró del brazo en un gesto por marcharnos de allí cuanto antes, y la bestia, por primera vez hasta entonces, fijó su atención en él. Y de una manera imprevisible y con un movimiento veloz, se lanzó sobre mi amigo, que cayó al suelo.

La criatura se agachó hacia su cuello y él sólo pudo dar un grito ahogado. Fue lo último que oí, porque entonces se me nubló la vista y me

desplomé al suelo, desmayado. Al despertar poco después, el monstruo había desaparecido, pero allí estaba el cuerpo de mi amigo, tendido en el suelo sobre un charco de sangre, con la cabeza separada del tronco y descansando sobre su pecho.

#### **IV**

Y este momento me encuentro aquí, enclaustrado entre estas paredes blancas y vigilado constantemente, atormentándome por lo ocurrido; porque mi amigo está muerto, y porque nadie cree mi historia.

Ahora conozco el potencial de esa extraña droga: su capacidad para activar resortes ocultos en mi mente y lograr despertar elementos oscuros y enterrados desde hace mucho tiempo en mi inconsciente. Y su misterioso poder para proyectarlos al mundo real en forma de entidad autónoma.

Desde esta lúgubre habitación escribo estas líneas mientras observo a las Pléyades allá en lo alto a través de mi ventana, y vuelvo a hacerme una de las preguntas que se hiciera aquel niño de mente inquieta bajo una noche estrellada de verano: si verdaderamente estamos solos, si existen otras civilizaciones distantes, o si esos mundos con sus demonios ya están aquí. Aquí, sí, pero no entre nosotros, sino en lo más profundo de nuestra psique a la espera de ser despertados.

# FOBOFOBIA

Es curioso comprobar cómo, acontecimientos que ocurrieron hace muchos años en la vida de uno, tienen el extraño poder de alargar su mano hasta el día de hoy. Soy consciente de que existen muchos sucesos acaecidos en el pasado que han quedado sepultados bajo mi conciencia, sin posibilidad alguna de salir a flote. Sin embargo, hay otros que, por su fuerte impacto en la frágil mente de un niño, hacen que queden marcados de por vida. Digo esto porque en mi niñez ocurrió un suceso perturbador en sumo grado del que, aunque he olvidado detalles importantes, he logrado conservar un cuadro bastante preciso. Y que ahora me dispongo a relatar.

Tenía siete años cuando ocurrió, y a pesar de todo el tiempo que ha transcurrido desde entonces, éste aún no ha logrado borrar de mi memoria muchos de los momentos que viví en aquella casa durante mis primeros dieciséis años, junto a mi hermano Pablo y mi madre. A mi padre ni siquiera le conocí, pues murió cuando cumplí los cinco meses de vida.

Antes de lo que llamo el "incidente" yo era un chico extrovertido y alegre, y no recuerdo que hubiera sentido temor hacia algo o alguien; de hecho, era bastante más intrépido que mi hermano, dos años mayor que yo. Cuando jugaba en la calle con mis amigos, siempre era a mí a quien enviaban a hacer el trabajo sucio: como saltar las tapias de las viviendas para recoger la pelota que se nos había caído —incluso cuando había perros guardianes— o cuando era necesario subirse a las ramas más altas de los árboles entre las que había quedado atrapado algunos de nuestros juguetes.

Vivíamos en una casa antigua de una única planta con cuatro amplias habitaciones que se encontraban a un lado de un largo pasillo; todo demasiado grande para sólo tres personas. Aunque esto también tenía sus ventajas, porque de esa manera mi hermano y yo disponíamos de más sitios en los que poder jugar. Pese a disponer de tanto espacio dormíamos en la misma habitación, debido a que él sí tenía miedo a la oscuridad y prefería dormir acompañado. Mi madre utilizaba una de las habitaciones para planchar y almacenar ropa, no sólo nuestra, sino también de una tía

mía. Nosotros la llamábamos "la habitación de la ropa", porque siempre había pilas enormes de trapos y vestidos sobre la cama y las sillas.

Teníamos un Jack Russell Terrier de ocho años muy valiente — llamado Rocky— y una gata algo más joven con el nombre de Lila. Ambos habían estado viviendo con nosotros prácticamente desde que nacieron y los considerábamos como unos miembros más de la familia.

Nunca antes había oído hablar del extraordinario sentido desarrollado por algunos animales. Y, por supuesto, no podía suponer que mis mascotas pudieran hacer un alarde tan impresionante de agudeza sensorial como del que fui testigo en varias ocasiones.

Mi vida era dichosa en aquella época. No había nada que me gustara más de esa casa que leer mi revista favorita en la habitación de la ropa un día tormentoso y oír las gotas de lluvia golpear la ventana. Pero un día, sin ningún motivo consciente al que yo pudiera atribuir, sentí cierto disgusto por esa habitación. No se trataba de temor, simplemente que no me apetecía jugar más allí. Más o menos por la misma época comencé a detectar un comportamiento extraño en los animales cuando pasaban por delante de aquel cuarto. Rocky se detenía con brusquedad y se quedaba inmóvil, mirando algo que había dentro y gruñendo como si detectara a una persona desconocida; hasta que comenzaba a ladrar. Entonces, mi madre o yo teníamos que reñirle para que dejara de hacerlo. Yo enseguida comprobaba la habitación, sin éxito alguno, y después lo intentaba calmar, acariciándole y diciéndole que no había nadie. Cuando se ponía así, era imposible hacerle entrar en el cuarto. Como aquello volvió a repetirse otras veces comenzamos a pensar que el animal se estaba volviendo loco.

Pero poco después ocurrió algo que nos hizo ver que el perro no estaba trastornado, sino que le ocurría *otra* cosa. Porque días más tarde sucedió algo parecido, esta vez con Lila. De estar tranquila y cariñosa sobre mis brazos momentos antes, pasó a comportarse de forma arisca en el preciso instante de cruzar el umbral de aquella puerta. Salió fuera de la habitación y se quedó observando un punto fijo sobre un montón de ropa que había sobre una silla. Yo me dispuse a examinar entre los trapos amontonados para averiguar qué era aquello que estaba poniendo nerviosos a mis mascotas; pero no encontré nada sospechoso.

Estas conductas misteriosas no eran corrientes, puesto que la

mayoría de las veces tanto el perro como la gata se comportaban de forma normal; incluso llegaban a entrar en la habitación con total tranquilidad. Por supuesto, nunca pensé que realmente hubiera algo allí dentro.

Un día de verano, durante las vacaciones escolares, me encontraba sólo en casa jugando en el salón con una pelota de goma. Como solía ser habitual en aquella bola —que botaba mucho—, a veces se perdía en cualquier rincón de la casa y podía pasar allí semanas enteras sin ser vista hasta que alguien la encontraba por casualidad. Aquella mañana también salió de donde yo estaba, en dirección al pasillo, mientras la oía rebotar en las paredes. Cuando fui a buscarla me encontré a Lila frente a la habitación de la ropa. Tenía todo el pelo encrespado y resoplaba hacia algo que percibía en el interior. Como no vi la pelota en el pasillo, pensé que se había colado en el cuarto, así que entré. Como era previsible no observé nada especial en derredor que originara la ya familiar actitud del animal, ni siquiera el juguete que andaba buscando. Sólo había allí, como siempre, montones de trapos sobre los muebles. Así que me agaché para buscar bajo la cama. Éste es un lugar donde de forma instintiva uno mira siempre, ya que por lo general ahí es donde van a parar la mayor parte de los chismes rodantes.

Pero no, allí tampoco estaba. Y cuando me aseguraba, agachado, que no estuviera oculta en alguno de los oscuros recodos del fondo, de repente tuve el presentimiento de que alguien me observaba. Tanto era así que pensé que se trataba de Pablo, que había llegado de la calle sin hacer ruido. Incluso le pregunté —sin volverme hacia él— si había cogido mi pelota de goma. Me extrañó que no recibiera respuesta alguna y que aún siguiera oyendo refunfuñar a Lila. Y entonces, a modo de contestación, sentí una presión en el pecho que me dificultó la respiración, acompañado de una brisa fría que acarició mi cuello. Me levanté y el corazón se me aceleró, pues tuve la absoluta seguridad de que una presencia seguía detrás de mí; y no se trataba de mi hermano. Al incorporarme quedé estupefacto al observar que toda la ropa, que hacía un momento se encontraba amontonada en pilas ordenadas sobre la cama, estaba ahora esparcida por ella, como si alguien se hubiera dedicado a gastarme una broma pesada.

A continuación me giré muy despacio en dirección a la puerta para contemplar algo que ahora, en la edad adulta, considero que no era de este

mundo. Lo vi tan claro como el papel sobre el que escribo estas líneas. Además de que todas las prendas que había sobre las sillas también se hallaban desparramadas por el suelo, allí, frente a mí y flotando en el aire, se distinguían con nitidez dos ojos luminosos y profundos que me miraban con curiosidad y fijeza. Sus grandes globos oculares —blancos como el marfil— y la pupila — negra y dilatada— dejaban entrever una expresión sádica que me produjo una gran inquietud. Como si del fantástico gato de Cheshire se tratara, allí no había cabeza ni cuerpo por ninguna parte. Sólo esos ojos vivos que parecían querer indagar en mi interior, Dios sabe qué, para después sacármelo fuera con toda la atrocidad del mundo.

Y entonces aquella *cosa* —por darle algún nombre— me habló. Sí, pronunció unas palabras procedentes de una boca inexistente. Y aunque lo he olvidado por completo, sé que lo que me dijo era espantoso, demasiado horrible como para ser escuchado por un niño de sólo siete años. Era una voz femenina y especialmente chirriante, aguda, que se me quedó clavada como un puñal en el tuétano de los huesos, de una manera tal que sólo escucharla se hacía insoportable. Pero no era esto lo que me produjo mayor desasosiego, sino el hecho de que sus palabras iban acompañadas de un sentimiento de una tristeza infinita y agónica como la que nunca antes había sentido. No dije nada; ni grité, ni corrí. Me quedé inmóvil unos segundos más, hasta que aquellos ojos se desvanecieron en la nada. Después caminé temblando hasta mi cuarto, cerré la puerta, me tendí en la cama y me puse a llorar amargamente esperando a que llegara mi madre. Debido a mi natural introversión, cuando ella llegó no le comenté nada al respecto; lo único que deseaba en aquel momento era estar acompañado.

Esa noche tardé varias horas en dormirme, pues no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido. Sentía una enorme rabia en mi interior por el hecho de que mi vida feliz se hubiera visto perturbada de aquella manera tan súbita y desgarradora. Y sin apenas darme cuenta, poco a poco, una sensación —muy vaga al principio— de urgencia a realizar una determinada acción comenzaba a formarse en mi cabeza. Y es que desde algún lugar de mi ser se me impelía a hacer algo, pero no sabía muy bien el qué. Poco después llegué a la sorprendente conclusión de que yo había sido el destinatario de un mensaje por parte de aquellos ojos; un mensaje horroroso del que no quería saber nada pero del que tenía la firme

seguridad de que, tarde o temprano, sería revelado. Con estos pensamientos en la mente me quedé dormido.

Al día siguiente descubrí algo que me llenó de desconcierto: los animales me evitaban. Rocky buscaba siempre el lugar más alejado de donde yo estuviera, mientras que Lila se volvió agresiva en mi compañía. Y si intentaba cogerla, entonces me clavaba las uñas, o me mordía. Parecía como si hubiera algo en mi interior que no les gustara, como si aquella presencia invisible —que días atrás les había molestado— se hubiera introducido dentro de mí, y ahora yo fuera visto como una amenaza para ellos.

Entonces comprendí —de la manera en que un niño de siete años puede comprender esto— que la idea indefinida que tuve la noche anterior ahora se iba aclarando: aquella *cosa* me había dejado un mensaje que operaba a un nivel inconsciente, muy alejado de mi control. Intuía que estaba siendo víctima de una fuerza que no era en absoluto benefactora.

No sé muy bien por qué elegí a Lila; como si hubiera sido impulsado por una energía maléfica que me cegaba la razón, imposible de dominar, de repente me encontré haciendo algo terrible de lo que nunca antes me habría visto capaz de hacer. El caso es que la metí en un cajón, la llevé hasta un terreno baldío que había detrás de mi casa y allí mismo la enterré viva.

Poco después, aquella percepción interior ajena a mí desapareció; aunque me di cuenta de lo que había hecho, y por ello viví martirizado durante meses. Pablo estuvo buscándola por todas partes durante semanas, mientras yo apenas comía ni hablaba con nadie. Mi madre no podía soportar el verme así, pues pensaba que mi bajo estado anímico era debido a la gran tristeza que sentía por la desaparición de Lila, con la que había estado tan unido. Sin embargo, ella desconocía la verdad; ni siquiera sabía que el mero hecho de mencionar el nombre de la gata provocaba en mí una quemazón que me roía las entrañas. Odiaba que pronunciaran su nombre, pues todo lo que tuviera que ver con el animal me hacía sentir terriblemente mal.

Tras el “incidente” jamás volví a ver aquellos ojos, y Rocky nunca más volvió a comportarse de manera anormal frente a la habitación misteriosa. Sin embargo, desde esa angustiada experiencia no he vuelto a ser el mismo: me convertí en una persona retraída, tímida, huraña. Y lo

peor de todo es que padezco lo que se denomina fobofobia, un miedo irracional al propio miedo. A raíz de ello nunca he podido volver a dormir solo, tengo que tener siempre una luz encendida en mi cuarto, y siempre salgo de casa acompañado.

# PERTURBACIÓN

—Como te decía, la existencia del alma y su supervivencia tras la muerte es un tema que me lleva interesando desde hace más de quince años, y he realizado un esfuerzo considerable por obtener una respuesta definitiva. De hecho, he recorrido buena parte del mundo y recopilado abundante información sobre las mitologías de los pueblos primitivos para demostrar la realidad del alma humana. Y todo está en estos informes, que quizás algún día se conviertan en un libro —Abelardo señaló varias carpetas repletas de papeles, que había sobre unos anaqueles.

Diego escuchaba con interés las palabras de su amigo. Estaba sentado en una butaca del siglo XIX en un amplio salón de estilo neogótico, mientras Abelardo se apoyaba sobre el borde de la mesa de un escritorio repleto de libros, fumando en una pipa. En aquella fría tarde de noviembre, el calor del fuego de la chimenea producía una atmósfera agradable y propicia para la conversación. Afuera, el ambiente no era tan acogedor: a través de una de las ventanas de la sala se podía apreciar cómo el viento agitaba con fuerza las ramas de los árboles del jardín de la parte trasera de la casa. Y al fondo, unos nubarrones negros sobre el cercano pueblo de Sant Pere amenazaban tormenta.

—Ése es un asunto harto complejo, Abelardo. Y también resbaladizo. No es que quiera desmoralizarte, pero permíteme decirte que se trata de una búsqueda inútil y no creo que vayas a encontrar ninguna prueba definitiva. Más que nada porque el Hombre, desde que tiene conciencia de sí mismo, se ha hecho la misma pregunta que a ti te preocupa. Pero en estos miles de años no ha logrado sacar nada en claro. En mi opinión, toda respuesta positiva a ese interrogante es un asunto de fe, y de superstición. Así de simple. La ciencia no puede decir nada sobre eso.

—Tú sabes que soy un hombre de ciencia, y no de fe. Sin embargo, no tengo tanta confianza en ella como para creer que tiene respuestas para todo. Es más, pienso que en ocasiones puede ser un obstáculo para, cómo diría yo... expandir nuestra mente a otras realidades.

—¿Y por qué la ciencia podría ser un problema para eso? —Diego se sirvió otra copa de una botella de brandy que había sobre una mesita.

—Bueno, tengo una teoría muy particular sobre el asunto —Abelardo expulsó con lentitud una bocanada de humo blanco que envolvió parte de la habitación—. Has mencionado la palabra "superstición"; si yo ahora mismo comenzara a hablar sobre tradiciones de tribus primitivas, casi de inmediato te vendría a la cabeza muchos prejuicios: como que eran ignorantes, atrasados, ingenuos y carentes de inteligencia. Y parece que la razón de ese recelo a las culturas arcaicas es que ellos no utilizaban la parte más evolucionada del cerebro, y que nosotros, privilegiados por pertenecer al mundo moderno y civilizado, sí usamos. Sin embargo, los "salvajes" hacían uso de otra parte de la mente que permite un acceso más directo a la naturaleza, a las emociones y a los estados alterados de conciencia. Lo mismo puede decirse de muchos indígenas del tercer mundo de hoy día. Definitivamente, creo que hemos perdido esas facultades de conectar con el mundo natural porque usamos las funciones racionales y lógicas, que son de orden superior, y nos hemos olvidado de la parte más visceral. Debido a ello, pienso que nos hemos atrofiado y, por tanto, no somos hombres completos del todo. Hemos puesto el énfasis en lo racional, y la ciencia ha tenido parte de culpa en que eso haya sido así.

Mientras decía estas últimas palabras, Abelardo se había dirigido hacia la ventana y ahora contemplaba, ensimismado, las gotas de lluvia, que habían comenzado a caer y se deslizaban sobre el cristal; su movimiento hipnotizaba. Un relámpago destelló con fulgor en el cielo lejano.

—Eso suena interesante. Pero tú mismo lo has dicho: eres un hombre de ciencia, y necesitarás algo más que estados extáticos y meditativos para tomar una decisión en cuanto al asunto que te preocupa... Y para terminar ese libro que estás escribiendo —apuntilló Diego. Entonces Abelardo se volvió hacia su amigo y, con brillo en los ojos, dijo animadamente:

—Deberías probar unos puros que me trajo la semana pasada un amigo desde Cuba; tienen un saber único —fue hacia el escritorio y abrió un cajón, del que extrajo una pequeña caja de madera labrada a mano. La abrió y sacó un habano de su interior. Abelardo sonreía.

—Siempre has sido un incrédulo, Diego. Precisamente de pruebas quería hablarte; por eso te he hecho venir hasta aquí. Verás, te contaré una historia.

»Hace dos mil quinientos años existió en Oriente Medio una tribu nómada, los *nakunhi*, que tenían ideas muy peculiares en cuanto a la existencia y la naturaleza de la realidad. No voy a aburrirte con detalles eruditos, pero lo interesante de aquella gente es que concedían una importancia vital a la palabra hablada. Creían que algunas de ellas, pronunciadas de la forma correcta y junto a los objetos apropiados, ejercían un poder sobrenatural sobre el entorno. Por supuesto, también tenían a sus chamanes que realizaban curaciones mágicas y ejercían de mediador entre sus dioses y los hombres. Y como muchos otros pueblos, también creían que el ser humano poseía un alma inmortal. Pues bien, los arqueólogos sabían que algunos *nakunhi* tenían una especial devoción por un dios oscuro de nombre *Kuerzat* porque creían que les había concedido un objeto sagrado. Algunos temían a este ser, pero otros lo adoraban. Ese artefacto era una extraña piedra volcánica de color verde, procedente del mundo inferior, donde residía ese dios. Poco después fue tallada en forma de lobo con las fauces abiertas, su animal totémico.

»Todo esto que te cuento no me lo estoy inventando: se han hallado varias tablillas que explican sus creencias en forma de poemas. Pues bien, ese objeto tenía un poder descomunal. Le llamaban “la piedra de almas”, porque gracias a unas palabras muy particulares pronunciadas de manera adecuada, el alma de una persona podía ser transferida a dicha piedra. Su cuerpo moría y se descomponía como el de cualquier cadáver, pero con el tiempo esa esencia podía ser recuperada y traspasada al cuerpo de otro hombre; normalmente el nuevo destino de esa ánima cautiva era una persona enferma a punto de morir, un deforme o un enemigo. Era un medio para vivir muchas generaciones. El mecanismo era simple: imagina que el cuerpo de un *nakunhi* es ya viejo y está a las puertas de la muerte, así que toma el talismán y él —o un chamán— pronuncia las palabras adecuadas y de la forma precisa. De pronto el anciano muere, pero su alma queda atrapada en la piedra. A los pocos meses, la tribu captura a un enemigo joven y sano y, en lugar de matarlo, el chamán realiza la invocación.

Entonces el alma que reside en la piedra pasa al nuevo cuerpo; y así sucesivamente, como una forma ingeniosa de reencarnarse.

—Unas creencias bastante sorprendentes. ¿Pero de veras crees que esas historias son verdaderas? —Diego miró a su colega con ojos escrutadores— No me extrañaría nada que hoy día existieran tribus con supersticiones parecidas.

—Así es; los cazadores de cabezas de Filipinas, por ejemplo, cortan la cabeza de un enemigo justo antes de que éste muera, porque creen que así su alma quedará almacenada en ella y podrán usarla para sus propios intereses. Pero antes de responder a tu pregunta te contaré otra historia.

»En el desierto de Libia hay una tribu hereje —llamada Beni Lonoi—, aún no civilizada, en la que sus miembros no son musulmanes, como la mayoría de las tribus del Sahara; y no les gusta mezclarse con gente de otros pueblos, lo que significa que sus tradiciones apenas han sufrido alteraciones ni se han visto contaminadas por las creencias de otras tribus desde hace miles de años. Ya estuve allí el año pasado y, con bastantes dificultades, logré investigar sus costumbres e integrarme con ellos, en cierta medida. En aquel lugar casi nadie habla del tema porque es tabú, pero entablé amistad con un viejo del lugar, que en estado de embriaguez me habló de una estatuilla sagrada que está bajo el poder del jefe de la tribu. Nadie más puede verla, sólo se sabe que tiene forma de lobo y que el líder hace uso de ella como medio de ser inmortal. Le llaman “la piedra de abajo”, haciendo una clara referencia al submundo, el lugar en que creen que reside su dios. Así que, como podrás ver, las similitudes entre los *nakhuni* y esta tribu libia son asombrosas, y estoy bastante seguro de que los Beni Lonoi pueden ser descendientes directos de aquellos.

Abelardo se sentó en el sillón que había junto a Diego y se acercó a su oído, como si no quisiera que nadie más escuchara lo que iba a decirle. Y a continuación, le susurró lo siguiente:

—Lo más emocionante de todo esto, amigo, es que yo conozco las palabras exactas que hay que pronunciar. Y no me preguntes cómo he logrado saber eso, porque a veces incluso ni yo mismo sé cómo he podido llegar tan lejos. Si te soy sincero, en ocasiones creo que tengo un guía espiritual que me dirige por el camino adecuado para lograr el fin al que estoy destinado —Abelardo se recostó en el respaldo del sillón.

—Ja, ja. Me dejas perplejo. ¿De verdad crees que todo eso va a funcionar? ¿Y qué hay de la piedra? ¿Acaso la tienes también? —Diego apenas podía creer lo que estaba oyendo, y no sabía si tomarse aquello en serio o no. Pero al ver la cara exultante de Abelardo no se atrevía a poner en duda por más tiempo, delante de él, sus extravagantes historias.

—Aún no. Pero es posible que pronto me haga con ella. Don dinero es muy poderoso, Diego. Tengo contactos en la zona y hay gente dispuesta a sacrificar su vida por un puñado de dólares. Un día de éstos alguien robará el talismán sagrado de su escondite y yo estaré allí, muy cerca. Sólo te diré que mañana tengo un vuelo para Trípoli, y si consigo lo que quiero tú serás uno de los primeros en saberlo.

—Vale, de acuerdo. Pero cuando la piedra esté en tu poder, ¿qué te propones hacer con ella? Me refiero a que, una vez que dejes tu alma encerrada en ella, ¿en quién vas a confiar para que, en el futuro, te saque de allí?

—Buena pregunta, porque en ese futuro del que hablas puede que no exista humanidad, o que no halla nadie que se acuerde de mí, ni le interese resucitarme. Pero recuerda que lo que me preocupa es conseguir una prueba definitiva de la existencia del alma, y no tanto así mi inmortalidad. Lo que me propongo es hacer una prueba, un experimento; pero no puedo darte más detalles por el momento.

—Eres un explorador nato, Abelardo, y espero que algún día encuentres lo que buscas; aunque ya sabes que siempre he sido bastante escéptico en esos asuntos. Pero no dudes en mantenerme informado con tus hallazgos. He de irme ya, si quiero coger el tren de las nueve.

Diego se levantó y cogió su paraguas, le deseó un buen viaje a su amigo y se despidió de él. Después salió de allí dándole vueltas a las ideas que había escuchado esa tarde. Su incredulidad hacia todo lo que tuviera que ver con las pseudociencias y las supersticiones le impedía tomárselo demasiado en serio; si acaso como un pasatiempo inocente. Consideraba que su colega se había lanzado a una búsqueda inútil, del mismo modo que los buscadores del santo grial, unicornios, o fantasmas; esas cosas sólo procedían de la mente de gente imaginativa, retrasada o acientífica. Pero le sorprendía ver la cara radiante y el ímpetu que veía en Abelardo en relación con aquel asunto, que había llegado al punto de realizar numerosos viajes

alrededor del mundo en busca de evidencias arqueológicas, religiosas y mitológicas que avalasen su tesis.

Algún día, Abelardo le llamaría para decirle que había estado siguiendo un espejismo y que, como tal, se había desvanecido; que todo había sido en balde. Pero lo que Diego recibió, un mes después de aquella tarde tormentosa, no fue precisamente eso; el mensaje escrito en una carta procedente de una ciudad al sur de Libia no hizo sino provocarle intranquilidad. La carta decía así:

«Estimado Diego:

Te escribo desde Al Awaynat, en el sur de este magnífico país. Deberías venir, al menos una vez; todo es tan maravilloso aquí: la luz tiene muchos matices difíciles de apreciar en nuestra región de Cataluña.

Cuando llegué, las expectativas en cuanto a obtener la piedra de almas eran bastante prometedoras. Creo que la vida a menudo nos ofrece oportunidades singulares que debemos aprovechar, porque es posible que nunca más se nos vuelvan a presentar en la vida. Y sería una verdadera pena no atraparlas cuando aparecen. Es como un tren que pasa muy de vez en cuando por una estación; si uno no está atento, pasará de largo. Yo puedo decir que no ha sido así en mi caso. Estos últimos días han sido realmente extraordinarios y emocionantes, y ahora me siento joven y pletórico de energía como un chiquillo, amigo mío. Siento ese familiar cosquilleo que me recorre la columna vertebral hasta la coronilla, como cuando te preparas para acudir a tu primera cita con la chica que te gusta. Porque sí, todo fue según lo acordado y por fin he conseguido el ansiado talismán. Apenas puedo creerlo, pero aquí lo tengo, delante de mí mientras escribo esta carta, y envuelto con cuidado para el viaje de regreso.

Es muy posible que el sueño de mi vida termine por cumplirse en pocos días. Mañana tengo previsto dirigirme a otro lugar, aunque en estos momentos me siento tan impaciente por volver y realizar el ritual como un niño a la espera de recibir los regalos de Navidad. Algo en mi interior me dice que todo saldrá bien (ya sabes, esa especie de guía espiritual que me acompaña y me dirige.)

Pero quiero hacer las cosas bien y no precipitarme; demasiados proyectos humanos se han ido al traste por no tomar las debidas precauciones. Como comprenderás, temo por mi vida y he de salir rápido de aquí. Un objeto tan sagrado para un pueblo no puede pasar desapercibido ni olvidarse de la noche a la mañana; ni aquí ni siquiera en mi casa. Quizás te parezca demasiado alarmista; a fin de cuenta —pensarás— sólo se trata de una tribu perdida en el desierto y sin apenas contactos con la civilización. Pero tengo motivos para creer que hay peligros acechando: incluso existe una maldición dirigida a quien toque la piedra sin ser purificado. Así que no apareceré por mi domicilio en un tiempo.

Realizaré el ritual en la casa de la colina que tú ya conoces; y qué momento más propicio para ello que la noche de la luna llena del día veinte del próximo mes, después de las doce, cuando el Sol ilumina el país de los muertos. Para cuando hayas recibido esta carta quedarán sólo unos pocos días, por lo que, si no tienes previsto nada urgente para entonces, me encantaría que estuvieras allí. Así que te estaré esperando. Acércate por el lugar, sin ser visto, sobre las doce.

Si algo grave llegara a pasarme, te rogaría que te encargaras del material que tanto me ha costado elaborar. Ya sabes dónde lo tengo escondido.

Un abrazo,

Abelardo Ferrer»

Diego estaba perplejo por lo que acababa de leer; apenas podía creer que Abelardo —o alguien bajo sus órdenes— hubiera robado la piedra y que estuviera a punto de celebrar un ritual que le devolvería poco menos que la inmortalidad. O eso era al menos lo que él creía. Pero lo que a Diego le preocupaba era el peligro a que se había expuesto su amigo con semejante ultraje; una afrenta a una tribu salvaje cuyos miembros no dudarían ni un segundo en matar a cualquiera que se atreviera a perturbar sus creencias sagradas. Sus palabras alarmantes sobre su seguridad le producían cierta preocupación, sobre todo la última frase de la carta: de forma clara hacía referencia a la posibilidad de su muerte.

Sólo quedaban tres días para el ritual, que se celebraría en una casa de madera situada en una colina rodeada de árboles, al oeste de la ciudad de Gerona. Allí, Abelardo solía pasar algunos días de verano pescando en el río Ter. Diego también había estado en alguna que otra ocasión, y lo que más le atraía del lugar era el imponente paisaje de bosques caducifolios y valles abruptos que se divisaban desde la loma.

Diego no paraba de darle vueltas a la cabeza sobre lo que se proponía hacer Abelardo con aquel talismán. ¿Cómo se supone que haría regresar a su alma de su interior, si para entonces ya estaría muerto? Él no tenía ni el más mínimo interés por asistir a alguna clase de ceremonial supersticioso, sesión de espiritismo, o de curación psíquica, propios de los pueblos atrasados. Por un instante desechó la idea de aparecer por allí, por tratarse de una pérdida de tiempo, pero después pensó que lo más prudente sería estar presente; más que nada por un cierto temor a la integridad física y psíquica de su amigo. Si por algún motivo entraba en trance y perdía el contacto con la realidad, de encontrarse allí solo, podría hacerse daño. Aparte de que, según dejaba entrever en su carta, tenía sospechas de que pudieran estar siguiéndole la pista. Pero sobre todo, iría porque se lo había pedido.

El día señalado resultó ser frío y neblinoso, y la temperatura continuó descendiendo a medida que se acercaba el crepúsculo. El camino, largo y sinuoso, transcurría por una carretera solitaria rodeada de montañas. Si no sucedía ningún imprevisto, podía hacerse en poco más de dos horas. La luz de la luna llena llegaba hasta el suelo de forma difusa tras filtrarse a través de las espesas capas de niebla; una atmósfera silenciosa y fantasmal se cernía sobre el paisaje por el que circulaba Diego esa noche.

Realizaba el recorrido en su mente, una y otra vez: después de pasar por la posada del desfiladero, había que girar a la derecha por un camino de grava, y continuar derecho durante media hora. Y, al pasar el lago de las nieves, girar a la izquierda en la intersección, por el camino de la catalpa; hasta llegar a la cima de la colina, donde estaría Abelardo, esperándole.

Pero cuando no había transcurrido ni la mitad del camino, ocurrió una eventualidad que puso nervioso a Diego; el coche comenzó a bambolear de forma rítmica y entonces se temió lo peor. Apartó el coche en el andén y

bajó de él para contemplar cómo la rueda trasera estaba pinchada. Sin apenas luz, sólo con una linterna de mano, tenía que arreglárselas de manera rápida si no quería llegar tarde. Para colmo, una vez que reanudó el camino, la espesa niebla le impedía ver los puntos de referencia para poder tomar los desvíos adecuados y llegar a su destino. Miró su reloj: eran las doce y media y aún le quedaba un buen trecho.

Una hora más tarde, llegaba por fin a su destino. La niebla se había disipado en buena parte, y allí, junto a la casa, estaba el coche de Abelardo. "Al menos aún no se ha ido", se dijo con alivio. Se dirigía —con paso ágil y la linterna en la mano— hacia la vivienda, cuando de pronto se sobresaltó al observar una sombra deslizándose, fugaz, por la parte lateral de la casa. Diego se detuvo y alumbró hacia lo que, en un principio, identificó como una persona; pero *aquello* ya se había esfumado entre la maleza. Había algo extraño en esa silueta que le inquietó en sumo grado, puesto que percibió algo no humano en lo que había visto.

—Abelardo, ¿eres tú? —preguntó en voz alta y con voz temblorosa, mas no recibió ninguna respuesta. Extrañado, Diego insistió varias veces más, pero sin éxito ninguno. Entonces observó que la puerta de entrada a la vivienda estaba abierta de par en par. Vacilante, entró y la cerró tras de sí. Volvió a llamar a su amigo, pero tampoco hubo contestación.

La casa era amplia pero bastante simple: de una sola planta, tenía una sala principal, cocina, cuarto de baño y dos habitaciones. No disponía de luz eléctrica, así que no le sorprendió ver que la sala estuviera débilmente iluminada; sólo un par de velas arrojaban unas sombras trémulas sobre los objetos. En ella había una mesa larga, un sofá, tres sillas, una estantería con libros y varias antigüedades dispersadas por el suelo. También observó que Abelardo había esparcido en el piso un gran círculo de sal, como característica forma de protección en los ritos de magia negra.

No había duda de que Abelardo había dado comienzo al ritual sin él, aunque presentía que algo no había ido bien; ¿dónde se había metido? ¿Por qué había una silla volcada y líquido derramado en el suelo? Y ese olor desagradable, ¿de dónde procedía?

De una de las habitaciones del fondo surgía una luz tenue; la puerta estaba abierta, así que Diego fue hacia allí. Comenzó a sentir un vago

desasosiego porque intuía que su amigo se hallaba en aquel lugar y le había ocurrido algo, pero nunca imaginó lo que encontraría; lo que vio en su interior le llenó de horror: el cuerpo de Abelardo estaba tendido sobre el suelo, junto a una mesita, boca abajo y rodeado de un enorme charco de sangre. Podía verse una profunda herida en la parte baja de la espalda que, con toda probabilidad, le produjo la muerte. Diego se acercó con rapidez a él y le buscó el pulso en vano, pues ya estaba muerto. Los temores y las sospechas que tanto le habían preocupado se habían convertido en un terrible presagio de su muerte, que ahora se había cumplido de manera brutal. Diego pensó que alguien relacionado con la tribu africana había estado siguiéndole de cerca, posiblemente porque habría tenido acceso a la carta de su amigo, en la que indicaba aquel lugar. Diego se encontraba abatido y no hacía sino preguntarse qué era lo que había pasado allí esa noche.

Su atención se dirigió hacia la superficie de la mesita, sobre la que había una lámpara de aceite, una jeringuilla y unos folios amarillentos escritos a lápiz, con la letra de Abelardo. Antes de morir, éste había podido dejar un mensaje, y el destinatario era el propio Diego. El corazón comenzó a latirle aceleradamente por la excitación. Intrigado y con avidez (puesto que aquello podía explicar parte de lo acontecido), cogió las hojas, pero tuvo enormes dificultades para entender la letra, que habían sido realizadas de forma apresurada, en la agonía de su muerte y en medio de terribles dolores. Las palabras que resultaban legibles decían lo siguiente:

«Para Diego Borrell.

¿Por qué no has venido? No tuve más remedio que comenzar la sesión, apremiado por las circunstancias y mi natural impaciencia. Pero ¡maldita sea mi suerte! Las cosas se han torcido de una manera que no pude prever. Y es que lo tenía todo planeado...

Una vez me preguntaste qué es lo que tenía previsto hacer una vez que tuviera en mi poder la piedra de almas; y yo te dije que no podía darte detalles. Pero la verdadera razón por la que no te hablé de ello fue porque, de habértelo contado, habrías pensado de mí que era la persona más ruin e

inhumana de la faz de la tierra. Aunque ahora poco importa que sepas toda la verdad, porque para cuando recibas este mensaje, yo ya estaré muerto.

Quise hacer un experimento, ya lo sabes. El cadáver que hay junto a la puerta de este cuarto pertenece a Munhahim, un muchacho que compré en Al Awaynat. No podía transferir mi alma a la piedra porque entonces mi cuerpo habría muerto y tampoco podía arriesgarme a que alguien me trajera de nuevo a la vida, en otro organismo. Así que, por precaución, realicé el conjuro para extraer el alma que residía en la piedra (si es que había alguna), pero dirigida hacia el muchacho. Por supuesto, yo no podía saber lo que había allí dentro. Créeme, Diego, nadie podría haber sabido lo que se escondía en el interior de esa imagen! Pero yo lo vi; sí, yo vi con mis propios ojos algo que no pertenecía a este mundo.

Después de decir la última palabra del rito, un vapor grisáceo comenzó a salir de la boca del talismán; ese talismán en forma de lobo, con unos ojos que comenzaron a brillar con el color de la sangre, y que expulsó de su boca una humareda demoníaca. No sé si todo se debió a la maldición que existía sobre el fetiche, pero el caso es que el humo fue tomando forma humana. Ahora entiendo por qué lo esculpieron con la boca abierta: tiene la actitud, tanto de tragarse el alma, como de vomitarla. El muchacho comenzó a gritar, aterrorizado, y quiso salir de aquí. Pero no tenía ninguna escapatoria, porque antes yo había cerrado la puerta con llave, en previsión de algo semejante.

Poco después esa nube penetró en el joven por sus fosas nasales; y, a continuación, comenzó una transformación espantosa: entre otras cosas difíciles de explicar, su cara comenzó a envejecer de una manera atroz, en medio de espasmos y convulsiones. Pobre chico. Cualquiera persona con cierto grado de humanidad le hubiera pegado un tiro allí mismo, al ver el sufrimiento insoportable que estaba padeciendo. Pero yo estaba dominado por el ansia de conocimiento. Al poco tiempo, aquello se convirtió en un ser al que no sabría cómo definir, porque no era similar en forma alguna a ninguna criatura conocida. Quizás —por decir algo— a un lobo, por la forma de la mandíbula y sus dientes prominentes.

Lo que sé es que, para entonces, el chico ya no gritaba; adquirió una fuerza sobrehumana y se volvió violento, muy violento. Me agarró por un brazo y me arrojó sobre una silla, con la misma facilidad con que se lanza

un saco de plumas. Sabía que aquel ser horrendo estaba dispuesto a matarme, pues incluso me dijo, con una voz horrible, que había venido desde el mundo de abajo para llevarme con él. Yo quedé aturdido con la caída, y ni siquiera me había dado cuenta de que se había acercado a mí. Sólo sentí un doloroso desgarró en el costado, y al instante supe que estaba en las últimas porque me percaté de que me había arrancado un trozo de carne.

Sangrando y todo lo aprisa que pude, cogí la piedra y me atrincheré en este cuarto, aunque sabía que no podría resistir por mucho tiempo. Ese demonio comenzó a dar fuertes golpes en la puerta, pero pude contener el dolor durante unos segundos e invocar el hechizo para hacerlo retornar al lugar de donde procedía. Poco después cesaron los porrazos, y esperé un rato. Al ver que sólo había silencio, abrí la puerta y, en efecto, ahí estaba el cuerpo del muchacho, tal y como lo había traído desde su país, tendido en el suelo. La figura horrible había desaparecido por completo. Creo que está muerto y que no volverá a hacer daño a nadie más.

Y aquí estoy, desangrándome poco a poco pero sabiendo que al fin obtuve la prueba definitiva de lo que estaba buscando: la existencia del alma o, al menos, de los espíritus demoníacos. Aunque he aprendido, tarde ya, que no se puede jugar con fuego. Afortunadamente tenía guardada en la casa una dosis de morfina que ha podido aliviarme el sufrimiento lo suficiente como para escribir estas palabras.

¡Corre, quémalo todo y aléjate de aquí! No te pido nada más, Diego. Y destruye también lo que acumulé sobre este terrible...»

En este punto terminaba el mensaje, cuando Abelardo debió de caer al suelo, desmayado por la pérdida de sangre.

Diego estaba estupefacto y aterrorizado con lo que había leído. Sus manos, que sostenían las hojas escritas, aún temblaban. Y entonces, unas preguntas angustiosas le rondaron la mente: ¿quién había abierto la puerta principal? ¿Y de qué cadáver, junto a la habitación, hablaba Abelardo? ¡Allí no había nada!: sólo un líquido putrefacto derramado en el suelo, en el lugar en que se suponía que estaba el cuerpo yacente del muchacho. Pero al pensar en ello, un estremecimiento le invadió por completo al recordar la extraña figura que había visto entre las sombras hacía un momento, y se le

pasó por la cabeza algo que intentó desechar por todos los medios. La horrible perspectiva de que aquella silueta deformada con rasgos de bestia pudiera ser el joven Munhahim, poseído de nuevo y vuelto a la vida por algo semejante a un demonio, le provocó una gran angustia y desazón. Pero sobre todo, que pudiera estar rondando cerca.

Y sumido en estos pensamientos y sensaciones, algo atrajo su interés: en una oscura esquina de la habitación, tumbado en el suelo, se encontraba un objeto en forma de animal feroz. Se acercó para verlo mejor y sintió cómo se le helaba la sangre al descubrir que, lo que tenía ante sí, no era otra cosa que la misteriosa piedra de almas. Se trataba de un bloque de color verde oliva de unos treinta centímetros de alto, con una cabeza de lobo y las fauces abiertas, mostrando unos colmillos largos y amenazantes. El visible desgaste de la roca, junto con algunos detalles desdibujados, revelaban el persistente paso de los siglos. Al instante, sintió una sacudida al percibir que sus ojos inmundos brillaban en un color rojizo, de forma intermitente. Por un momento tuvo la terrible y certera sensación de que aquella *cosa* estaba viva, observándole; sólo de pensar que el terrible dios *Kuerzat* estuviera allí presente de alguna forma le producía escalofríos. Y retrocedió dando tumbos.

Lo único que Diego deseaba hacer en aquel momento era huir cuanto antes de aquel detestable lugar. Así que salió de la habitación y se dirigió hacia la puerta principal, la única salida que tenía la casa. Con cautela, abrió la puerta y observó fuera; el silencio y la quietud se cernían en derredor. Pero justo antes de salir decidió que tenía que hacer algo; se precipitó de nuevo hasta la habitación, agarró la lámpara y volcó el aceite de su interior sobre el mobiliario. A continuación le prendió fuego y corrió a toda prisa, como alma que lleva el diablo.

Una vez en el interior de su coche fue consciente del desmesurado y evidente nerviosismo que padecía, pues apenas si atinaba a meter la llave del coche para arrancarlo. Un instante después, y con una deficiente coordinación en sus brazos y piernas, aceleró a toda velocidad cuesta abajo por el sendero que se perdía entre la bruma del bosque. A pesar del frío que hacía, un sudor helado le recorría todo el cuerpo.

Pocos minutos más tarde, Diego dirigió una última mirada a través del espejo retrovisor para contemplar, con estupor y cierto alivio, cómo las

llamas se elevaban por encima de la colina. Aunque no dejaba de pensar qué era aquella figura fantasmal que vio deambulando por el exterior de la casa.

## EL ÍDOLO

La repentina muerte del millonario Herbert Cromwell, ocurrida en diciembre de 1958, causó una gran conmoción entre los habitantes de Rhode Island. Sobre todo porque el asunto estaba rodeado del más absoluto misterio. Por lo que contaron los periódicos, había sido encontrado en el suelo, tumbado a la entrada de su mansión en las afueras de Providence, con su batín y sus babuchas puestas. La puerta principal estaba abierta, lo que indicaba que podía haber recibido la visita de alguna persona. Y en el zaguán se encontró algo insólito: un montón de ceniza de, aproximadamente, un metro cuadrado de extensión.

La autopsia mostró que había fallecido de una apoplejía, sobre las tres de la tarde, pero las causas del fallo cardíaco aún estaban por determinar. Y era curioso puesto que, aunque tenía sesenta y seis años, nunca había tenido problemas graves de salud ni se sintió en la necesidad de consultar a su médico por problemas importantes. Pero lo que ningún periódico contó fue la extraña expresión que mostraban sus miembros en el momento en que hallaron el cuerpo: su cara estaba desencajada por, lo que a primera vista parecía, una fuerte impresión; y sus ojos —aún abiertos— parecían querer salirse de sus órbitas, como si hubiera visto u oído algo que le causó un gran horror. Sus puños estaban cerrados, con unos dedos que se encontraban tan agarrotados que resultó difícil extenderlos para poder examinarlos.

El pasado de Herbert no siempre fue halagüeño. A comienzos de 1923 vivía con solvencia en una casa alquilada, en Boston, con el dinero que ganaba en un almacén de envasado de leche. Nunca tuvo éxito con las mujeres, pero poco después conoció a una hermosa muchacha de veinte años y clase burguesa, llamada Violet, en la fiesta de cumpleaños de uno de sus amigos. Al instante, Herbert quedó prendado de su belleza y ella pareció corresponderle, por lo que pronto empezaron a salir. Al poco tiempo se casaron. La vida parecía irles bien; estaban muy enamorados y, meses más tarde, tuvieron un hijo, al que pusieron por nombre Joseph.

A instancias de un amigo, Herbert había comenzado a invertir sus ahorros en el juego de moda por entonces: la bolsa. El negocio era muy rentable; casi cualquier compañía que uno tocara, de inmediato empezaba a subir, y parecía que muchos de sus amigos se estaban enriqueciendo en un tiempo récord. Y él no quería quedarse atrás.

Un frío día de septiembre de 1928, un fuerte golpe sacudió la tranquilidad de Herbert; unos vecinos llegaron corriendo a su trabajo para darle la triste noticia de que su mujer y su hijo habían sido arrollados por un carruaje. El cochero apenas pudo verlos cruzar la calle; ni siquiera se dio cuenta de que los seis caballos pasaban por encima de sus cuerpos. Y menos aún, de que uno de los cascos de los animales se hundía en la cabeza de Joseph, produciéndole la muerte al instante. Violet también había sufrido heridas, pero no eran demasiado graves y estaba fuera de peligro.

Ella se recuperó a los pocos días, aunque la pérdida de su hijo la sumió en una profunda depresión de la que nunca se recuperaría. Es posible que su bajo estado anímico influyera en que, semanas más tarde, sufriera una enfermedad en la sangre que la mantuvo en cama de forma permanente. Pasaba el tiempo y Herbert contemplaba con impotencia y pesar cómo el amor de su vida se iba consumiendo poco a poco; ella había perdido el brillo de sus ojos y también el apetito, y todo lo que comía lo vomitaba. Para desgracia de él, una mañana lluviosa de otoño, Violet moría en su cama, un año después de la pérdida de Joseph. Herbert quedó desolado.

Sin embargo, sus desgracias aún no habían llegado a su fin. Tras fuertes alzas bursátiles, el año anterior invirtió la totalidad de sus ahorros en varias compañías. Le había ido muy bien hasta ese momento, pero el mes de octubre fue nefasto para su patrimonio financiero. El 24 de octubre de 1929 pasaría a la historia como el "jueves negro" y, semanas más tarde, el precio de muchas empresas había caído hasta el noventa por ciento de su valor en el momento más alto. Herbert, además de la pérdida familiar, había perdido todo su dinero, y apenas le quedaba para vivir. Él, como muchos otros, iba a experimentar y soportar en sus propias carnes, como una losa pesada, la terrible pesadumbre de verse en la más humillante miseria. Aquel año fue tan atroz, que algunos que habían pedido prestado al banco para poder invertir en bolsa, ahora no tenían casi nada. Y en su

desesperación, habían saltado desde ventanas y azoteas. Pero Herbert no hizo nada de eso; simplemente se marchó a Providence...

Mas la diosa Fortuna muestra dos caras antagónicas: una amarga y otra dulce. Porque pareció sonreírle meses después, ya que, aunque parezca increíble, logró levantarse de entre sus propias cenizas y amasar una inmensa cantidad de dinero en muy poco tiempo. Y para los vecinos que lo conocían, esos medios parecían poco claros. Aquellos se preguntaban cómo era posible lograr semejante hazaña para un hombre que había estado en la pobreza, y cuando muchos de ellos malvivían debido a los estragos que por entonces estaba causando la recesión; la llamada "gran depresión".

Herbert se construyó una gran casa en las afueras, donde a menudo daba fastuosas fiestas en medio de un gran lujo. Se llegó a rodear de la *crème de la crème* de la alta sociedad, y siempre se le veía acompañado de hermosas mujeres. Llegó a convertirse en la envidia de muchos, y su fama fue conocida en todo el estado de Rhode Island. Una vez enterrados en el olvido los recuerdos de su mujer e hijo, la vida le volvía a sonreír, mejor incluso que cuando conoció a Violet.

El primer día de enero de 1958, Herbert recibió una extraña carta, escrita en tinta verde, sin fecha ni remitente, en la que se le reclamaba una antigua deuda por un servicio prestado. También anunciaba que el tiempo de cobro se estaba acercando. Puesto que no recordaba que le debiera dinero a nadie, y como desconocía la identidad de la fuente del mensaje, no le dio mayor importancia.

Cuando, al mes siguiente, volvió a recibir la misma carta, comenzó a sospechar que se trataba de una broma de mal gusto por parte de algún envidioso. Sin embargo, empezó a preocuparse cuando, en los meses sucesivos, se repetía la llegada del misterioso anuncio, un mes tras otro. "Debes pagar, Herbert", decía la carta.

En el frío mediodía del 20 de diciembre de ese año sonó el timbre de su puerta. En aquel momento daba la casualidad de que se encontraba solo en casa, así que bajó a abrir. Y algo, aún desconocido, le produjo una inquietud sobrecogedora, puesto que cuando estaba a pocos metros de la entrada, notó un fuerte hedor a descomposición que pareció envolver toda la sala. Cuando al fin abrió la puerta, el impacto fue súbito: allí mismo se

hallaba, en pie e inmóvil, lo que parecía ser un hombre alto y de una extrema delgadez, sin rostro alguno. Herbert quedó petrificado y mudo de horror ante la visión espeluznante de aquel siniestro personaje. Iba vestido con un traje de la época, raído y con una capa de polvo gris que lo cubría por completo. Pero no era su traje lo que le produjo una impresión devastadora, sino su cara; más bien, la ausencia de ella. Porque como cabeza sólo tenía una silueta plana y ovalada que no daba ninguna sensación de profundidad: sin ojos, nariz ni boca. Incluso contemplar la piel de ese ser producía un profundo desasosiego; toda ella era de un color gris cenizo, arrugada como si se tratara de un anciano, y podía apreciarse con claridad cómo las venas de sus manos sobresalían de un modo tan exagerado que parecían haberse desprendido de la carne. De los extremos de los dedos salían unas largas y afiladas uñas, y desde éstas, gotas de un líquido oscuro y putrefacto caían al suelo. Daba la sensación de que toda aquella imagen se desintegraría allí mismo de un soplo.

Y entonces, el visitante misterioso, con voz trémula y cavernosa, dijo las siguientes palabras procedentes de una boca que no existía:

—Mira, Herbert, todos estos prósperos años de tu vida. Y recuerda aquel día, hace ya muchos años, cuando eras mísero y desgraciado. Y de un juramento sellado que hiciste con tu propia sangre sobre un altar ante un ídolo... ¿No? ¿No lo recuerdas? ¿O es que no quieres recordar? Te refrescaré un poco la memoria.

—Estabas en la ruina —continuó—, habías perdido toda ilusión por la vida y te sentías como si estuvieras en el interior de un túnel oscuro, sin divisar la luz al final del camino. En mitad de una tarde de desesperación, decidiste marcharte para no volver nunca más, y te embarcaste en una huida sin retorno, con el propósito de morir de hambre en algún lugar tranquilo. Sin un destino definido, recorriste las calles de forma aleatoria, mientras veías pasar los edificios a tus lados, que poco a poco iban dejando paso a paisajes rurales. Así estuviste varias horas, deambulando por caminos aislados, todo el tiempo que tus piernas pudieran resistir. Ya de noche, fuiste a parar a una playa desconocida por ti, y caminaste por la arena bordeando la costa. Pero al poco tiempo tropezaste con un roquedal que te llamó la atención y te desviaste de tu curso. La tenue luz de la luna incitaba a la imaginación a producir formas fantásticas en aquellas rocas:

unas tenían apariencia de animales, otras parecían humanas. ¿Vas recordando ahora?

Herbert sintió cómo se le helaba la sangre y el corazón se le salía de su pecho ante la gran demostración de oscuros poderes de que estaba siendo testigo por parte de aquel ser dantesco. Porque, en su silencio, reconocía que lo que estaba oyendo era cierto, y no podía creer cómo alguien era capaz de conocer todos esos sucesos secretos de su vida con tanta certeza. Sucesos que nadie sobre la faz de la tierra podría saber.

—Te adentraste con curiosidad por en medio de aquellas piedras de tamaño descomunal hasta dar, más allá, con unas ruinas no holladas por el Hombre en miles de años. Tu corazón palpitaba con fuerza cuando allí descubriste una especie de templo circular, con columnas a su alrededor, casi derruidas. En un extremo viste un altar de piedra y, junto a él, un ídolo sin rostro. Pero la ausencia de semblante no era debida a la erosión producida por la acción continuada de los elementos de la naturaleza; no, más bien se debía a que los antiguos moradores de esas tierras lo construyeron así. Le llamaban “el dios de los deseos”. Ellos sabían muy bien que todo aquel que contemplara su faz, moriría de inmediato, así que lo esculpieron sin rasgos. Hace ya mucho tiempo que la gente lo dejó de venerar. Pero tú lo hiciste, Herbert. Sí, tú me adoraste y me invocaste aquella noche tenebrosa. Y yo acudí en tu ayuda; te di aquello que me pediste y por lo que tanto suplicabas: veinticinco años de felicidad completa a cambio de tu alma. “¿Para qué quiero mi alma, si ni siquiera puedo disfrutar de los placeres básicos de la vida?”, clamabas. Allí mismo sellamos un pacto con tu sangre. Y en este día vengo a cobrar mi deuda.

De pronto, la voz misteriosa se detuvo. Herbert estaba atónito ante lo que había oído y no acertó a pronunciar más que unos apagados gruñidos. Una gélida brisa se deslizó por la casa y acarició a nuestro protagonista que, al instante, cayó al suelo, sin vida. Y aquella forma gris, venida de Dios sabe dónde, se deshizo en millones de finísimas partículas.

---

# AUTOSUGESTIÓN

Existen aspectos inhóspitos de la Naturaleza que permanecen escondidos e inexplorados, caras ocultas de una realidad impalpable que en ocasiones excepcionales se manifiestan y presentan ante los ojos asombrados del ser humano. Entonces, cuando esto ocurre, dejan en éste una profunda impresión y una sensación de que la realidad es mucho más compleja y extraña de lo que aparenta ser. Esto también es así con relación a la mente humana; y en concreto, con el poder de la autosugestión.

Muchos de los detalles de la historia que me dispongo a relatar no los conozco de primera mano ni me los contó su protagonista; más bien, he llegado a saberlos por un motivo que se explica al final.

Vincent Bonell era un hombre peculiar; además de ser supersticioso y aprensivo, su natural hipocondría le mantenía en un constante estado de alerta ante cualquier síntoma de salud que pudiera revelar una enfermedad. Siempre ocurría que, tras visitar a su médico de cabecera, a los pocos días las señales del supuesto cáncer, infarto inminente, o cualquier otra afección horrible desaparecían por completo. Su doctor le aconsejaba que se relajara un poco, que todo aquello estaba sólo en su mente y que nada amenazaba a su vida. Aunque eso sí, siempre le daba algún placebo que, sin duda, ejercía su efecto benefactor.

Pero una tarde nuestro protagonista no atribuyó a los trastornos recientes que estaba padeciendo una enfermedad física común. Como ya era habitual en él, fue a consultar a su médico sobre el cansancio, los mareos y la dificultad de concentración de que adolecía. Sin embargo, evitó mencionar el hecho de que, un par de días antes —y justo después de un altercado sin importancia— una anciana de raza gitana le había *mirado* mal. Existía algo en aquella mirada que le perturbó considerablemente, y desde entonces no había logrado quitársela de la cabeza. Vincent recordaba con claridad, una y otra vez, la extraña expresión en el rostro y la mirada de aquella mujer, fija en él en todo momento. Su cabeza se hallaba ligeramente inclinada hacia un lado y sus ojos le miraban de soslayo, pero no lo suficiente como para impedirle ver sus pupilas negras e inertes. La

boca, cerrada en todo momento, esbozaba una misteriosa sonrisa que no acompañada al resto de las facciones y que no venía a cuento en aquellas circunstancias. Sólo duró unos segundos pero, durante un breve instante, en aquellos ojos desconocidos asomó la contemplación de algo espantoso e indefinido que le hizo temblar. Después desapareció con la misma rapidez con la que vino, pero duró lo bastante como para dejar su impronta en el espíritu frágil de Vincent.

Tras aquel incidente, la idea de que la vieja pudiera conocer algunos rituales ancestrales de brujería y magia negra, asociados desde tiempos inmemoriales a la raza gitana, le asaltó y empezó a obsesionarle. En su interior, comenzó a sospechar que había sido objeto de la fascinación, o mal de ojo, aunque tenía leves esperanzas de que el doctor pudiera darle algo que lo eliminara.

Sin embargo, estas perspectivas se iban diluyendo a medida que pasaban los días y Vincent no mejoraba; es más, los problemas se habían agravado de manera perceptible. Ahora el insomnio, las terribles pesadillas, una incipiente depresión y la falta de apetito se sumaron a los ya mencionados síntomas de su nueva y misteriosa enfermedad. A medida que su cuerpo se debilitaba, el hombre se iba fortaleciendo en el convencimiento de que algo dañino se había instalado en él, y que unas simples pastillas no podrían acabar con el aojamiento. Su desánimo general le impedía salir a la calle, por lo que se pasaba todo el día en casa, con la bata puesta y tumbado en el sofá.

Un día por la mañana, al mirarse al espejo, descubrió con asombro una mancha oscura, semejante a una verruga, en su sien derecha. "Qué raro", se dijo. No recordaba haberla visto el día anterior, por lo que supuso que su aparición tuvo lugar durante la noche. Pero había algo preocupante en aquella excrescencia; al frotarlo con los dedos ésta despedía un olor hediondo que se quedaba impregnado en los apéndices de la mano.

Este hecho novedoso y desagradable provocó que comenzara a sentir aversión a su propia imagen y un temor pertinaz e irracional a lo que pudiera encontrar al mirarse en el espejo. Así que, desde entonces, procuraba evitar el cruzar la visión con su figura reflejada. Pero esta medida no pareció ser suficiente, pues poco después optó por cubrir todos los

materiales reflectantes de su vivienda con sábanas para asegurarse de que no vería en ellos algo que no le gustaría ver.

Su desasosiego aumentó cuando en el siguiente día aparecieron otras dos manchas malolientes en su muñeca derecha. Y de nuevo, parecía haber sucedido de forma repentina, durante la noche. Al tacto, el tamaño de la verruga de su cabeza parecía haber aumentado perceptiblemente, como si de algún tipo de epidemia o brote contagioso se tratara.

Días más tarde la desazón se convirtió en pánico cuando escuchó unas voces que no parecían ser pronunciadas por persona alguna. Frases mortuorias como "el hoyo te espera", "al polvo regresarás" o "en febril fuego te consumirás" se repitieron a lo largo de varias noches sucesivas sin que pudiera reconocer la fuente de tan misteriosos mensajes.

El ser humano, a veces, se comporta de una manera impredecible e insensata frente a una fuente de presión externa. Cuando la mayoría de la gente acudiría a un médico o a un amigo en busca de ayuda ante un trastorno semejante, Vincent actuó de otra forma: simplemente no hizo nada, pues le pudo más la desesperación. La angustia y el desaliento que le sobrevino ante la terrible perspectiva que le acechaba, de verse el cuerpo cubierto por completo por aquellos lunares y convertirse en un monstruo, le inmovilizaba para pedir auxilio. Sólo se rodeó de una amplia parafernalia de objetos de protección psíquica para así intentar librarse del hechizo: ramas de romero, cabezas de ajo, sal gruesa, huevos frescos de gallina, velas blancas, aceite de oliva y libros de conjuros. Aunque ninguno de los rituales a los que se sometió pareció dar resultado.

Impotente, Vincent contemplaba con horror cómo el paso de los días sólo traía consigo un agravamiento de las manchas verrugosas, que se extendían ya por todos sus miembros. El olor nauseabundo procedente de ellas se hacía casi intolerable, mientras su cuerpo se debilitaba por falta de alimento y de hidratación.

Tres semanas después de los primeros síntomas, un vecino llamó a la puerta de Vincent, alarmado por el insoportable olor a putrefacción procedente de su apartamento. Pero nadie abrió la puerta. Horas más tarde, y tras insistentes llamadas, la policía no tuvo más remedio que forzarla. Cuando la puerta se abrió algunos de los presentes tuvieron que cubrirse nariz y boca con un pañuelo. La escena espantosa que vieron allí

les sobrecogió a todos y los dejó horrorizados: una masa amorfa, inidentificable, oscura y cubierta de una materia rugosa, latía y bullía en movimientos espasmódicos. A medida que aquello se consumía —bajo lo que parecía ser un fuego infernal invisible— dejaba en el suelo un líquido pútrido y amarillento, que despedía un vapor pestilente y que ascendía con lentitud hasta el techo. Y sin embargo, no se tenía ninguna sensación de calor en la sala.

Su muerte debió de ser agónica. El diario que encontraron nos fue muy útil —a la policía en general y a mí en particular— para averiguar lo que le ocurrió a Vincent, aunque no podíamos dar un crédito total a lo que había allí escrito. Después de todo, ¿quién puede creer —en estos tiempos de la razón— en el mal de ojo, en el descomunal poder de la mente sobre el cuerpo, o en la autosugestión y a los límites a los que ésta puede llevar en una mente desequilibrada?

**José Antonio González Castro** nació en Cádiz (España) en 1970, aunque cuando aún ni hablaba se trasladó a un pueblo cerca de Sevilla (Andalucía). Muy pronto se interesó por la lectura, y cuando era niño solía intercambiar cuentos con algunos amigos de juegos. En la escuela primaria ya destacaba entre sus compañeros por su escritura; fue seleccionado para participar en un concurso de redacción. Posteriormente solicitó el carnet de lector de la biblioteca de su pueblo y a través de ella conoció a los grandes escritores de narrativa fantástica.

De escritores como Poe, Agatha Christie y Conan Doyle pasó luego a leer libros de divulgación científica. Su gusto por la ciencia lo llevó a realizar estudios superiores de informática, y en la Universidad obtuvo el título de Ingeniero Informático, con un proyecto fin de carrera titulado "Algoritmos de búsqueda en ajedrez por computadora". El ajedrez ha sido desde siempre una de sus pasiones: cuando era un adolescente ganó el campeonato de la velada anual de su pueblo.

Ya en la etapa adulta sus gustos literarios cambiaron de nuevo: esta vez fue la filosofía, la mitología, las religiones antiguas y la psicología los temas que ocuparon gran parte de sus estanterías. En sus relatos se reflejan algunos de estos temas.

Aunque la ciencia ha marcado gran parte de su vida, no es la ciencia ficción el estilo de literatura que más le atrae. La capacidad para producir sentimientos asfixiantes en un texto le parece fascinante, por lo que se decanta por el terror, en especial aquel que tiene que ver con lo psicológico y lo sobrenatural. Sus autores favoritos son los clásicos de finales del siglo XIX y principios del XX, como Arthur Machen, Algernon Blackwood, Poe y Lovecraft. De hecho, en muchos de sus relatos se pueden apreciar sus influencias.

Actualmente participa en dos talleres literarios en la red, en uno de los cuales ha publicado algunos relatos. Su sueño más inmediato sería publicar una antología en una revista prestigiosa. Pero eso sí, en papel.

. o O o .

**Ediciones Efímeras** es una editorial cuyo ánimo consiste en promocionar la literatura fantástica, centrándose sobre todo en microrrelatos, cuentos ilustrados y novelas previamente publicadas en Internet. **Ediciones Efímeras** es una editorial sin ánimo de lucro, que ofrece en formato PDF y de forma gratuita para su descarga las obras de los autores que colaboran con ella. Si es usted editor, y está interesado en publicar esta obra en otro formato, por favor contacte directamente con la editorial en la dirección: **[efimero@eximeno.com](mailto:efimero@eximeno.com)**

O visitar su web en la dirección:

**[www.edicioneseferas.com](http://www.edicioneseferas.com)**

© 2008 Ediciones Efímeras